

Lecciones de La cruz

Steve Flatt



Biblia Oay Publishing

Declaración del Presidente

Biblia Oay Publishing es un ministerio bíblico sin fines de lucro. Su enfoque principal son los sitios web y libros digitales de... Instituto Internacional de Conocimiento Bíblico. El objetivo del IBKI es poner lecciones bíblicas a disposición de cualquier persona interesada. para aprender más sobre Dios y Su voluntad. Los estudiantes NO están obligados a asistir al Instituto para obtener un certificado o diploma. Estas lecciones se pueden estudiar en línea o en aulas, por Zoom, descargar a dispositivos digitales, enviar por correo electrónico, Impreso o utilizado por individuos, grupos o iglesias en su ministerio evangelístico. IBKI no es una institución acreditada.

Le recomendamos que estudie su Biblia para determinar la exactitud de lo que se afirma en estas lecciones o en cualquier otro pasaje.

Otra fuente. Los "comentarios" presentados en las lecciones del Instituto Internacional de Conocimiento Bíblico (IBKI) son Las opiniones de los autores o compiladores. Las opiniones a menudo se reflejan en lecciones de audio, video e impresas. como comentarios bíblicos; y en las enseñanzas de predicadores, ministros, pastores, sacerdotes y rabinos.

Siempre debes verificar todos los comentarios, opiniones y enseñanzas de estos ya que es TU responsabilidad buscar, conocer y hacer la voluntad de Dios.

Para comprobar la veracidad de cualquier enseñanza, lea diferentes traducciones de la Biblia y consulte diccionarios y léxicos bíblicos. Aprenda el significado de palabras o frases desconocidas. Tenga cuidado con las definiciones del diccionario, ya que estos dan la significado de palabras y frases desde el idioma original hasta el uso actual.

El significado de las palabras y frases cambia con el tiempo. Además, varias palabras griegas pueden traducirse en una sola palabra. que puede distorsionar el significado original.

Que puedas permitir que Dios te guíe en el estudio de Su Santa Palabra, la Biblia.

IBKI otorga permiso para descargar y reproducir sus lecciones en su totalidad con fines no comerciales.

Libre para compartir pero no para vender, cambiar o cobrar libros o lecciones.

Randolph Dunn, presidente

Contáctenos: info.IBKI.english@gmail.com

Sitio web: thebiblewayonline.com/IBKI-Español.html

Lecciones de la cruz

Una crucifixión romana

¿Qué soportó realmente el cuerpo de Jesús de Nazaret durante esas horas de tortura?

La práctica de la crucifixión en sí misma consiste en tortura y ejecución mediante la fijación a una cruz. Estoy en deuda con muchos que han estudiado este tema en el pasado, y especialmente con un colega contemporáneo, el Dr. Pierre Barbet, cirujano francés que ha realizado una exhaustiva investigación histórica y experimental y ha escrito extensamente sobre el tema.

Al parecer, la primera práctica conocida de la crucifixión fue practicada por los persas. Alejandro Magno y sus generales la introdujeron en el mundo mediterráneo: en Egipto y Cartago. Al parecer, los romanos aprendieron la práctica de los cartagineses y (como en casi todo lo que hacían los romanos) desarrollaron rápidamente un alto grado de eficiencia y destreza en ella. Varios autores romanos (Livio, Cicerón y Tácito) comentan sobre la crucifixión, y en la literatura antigua se describen diversas innovaciones, modificaciones y variaciones.

Por ejemplo, la parte vertical de la cruz (o estípites) podía tener el brazo de la cruz (o patíbulo) fijado dos o tres pies por debajo de su parte superior, en lo que comúnmente conocemos como la cruz latina. Sin embargo, la forma más común utilizada en la época de nuestro Señor era la cruz Tau, con forma de nuestra T. En esta cruz, el patíbulo se colocaba en una muesca en la parte superior del estípites. Existe evidencia arqueológica de que fue en este tipo de cruz donde Jesús fue crucificado.

Sin ninguna prueba histórica ni bíblica, los pintores medievales y renacentistas nos han dado la imagen de Cristo cargando con la cruz entera. Pero el poste vertical, o estípite, generalmente se fijaba permanentemente en el suelo en el lugar de la ejecución, y el condenado era obligado a cargar el patíbulo, que pesaba alrededor de 50 kilos, desde la prisión hasta el lugar de la ejecución.

Muchos pintores y la mayoría de los escultores de crucifixiones también muestran los clavos atravesando las palmas. Los relatos históricos romanos y los trabajos experimentales han establecido que los clavos se clavaban entre los huesos pequeños de las muñecas. (*radial y cúbito*) y no a través de las palmas. Los clavos clavados en las palmas se desprenderán entre los dedos cuando se les obligue a soportar el peso de

El cuerpo humano. Esta idea errónea puede deberse a una mala interpretación de las palabras de Jesús a Tomás: «Observa mis manos». Los anatomistas, tanto modernos como antiguos, siempre han considerado la muñeca como parte de la mano.

Un titulus, o pequeño cartel que indicaba el delito de la víctima, solía colocarse en un bastón, llevado al frente de la procesión desde la prisión, y posteriormente clavado en la cruz de modo que se extendiera por encima de la cabeza. Este cartel, con su bastón clavado en la parte superior de la cruz, le habría dado en cierto modo la forma característica de la cruz latina.

Pero, por supuesto, la pasión física de Cristo comenzó en Getsemaní. De los muchos aspectos de este sufrimiento inicial, el de mayor interés fisiológico es el sudor sangriento. Es interesante que San Lucas, el médico, sea el único que lo menciona. Dice: «Y estando en agonía, oraba más tiempo. Y su sudor se convirtió en gotas de sangre que corrían hasta la tierra».

Los eruditos modernos han recurrido a toda artimaña (truco) imaginable para justificar esta descripción, aparentemente bajo la errónea impresión de que esto simplemente no sucede. Se habría ahorrado mucho esfuerzo si los escépticos hubieran consultado la literatura médica. Aunque muy poco frecuente, el fenómeno de la hematidrosis, o sudor con sangre, está bien documentado. Bajo un gran estrés emocional como el que sufrió nuestro Señor, los diminutos capilares de las glándulas sudoríparas pueden romperse, mezclando así la sangre con el sudor. Este proceso bien podría haber producido una marcada debilidad y un posible shock.

Tras el arresto en plena noche, Jesús fue llevado ante el Sanedrín y Caífo, el sumo sacerdote. Fue allí donde sufrió el primer trauma físico. Un soldado lo golpeó en la cara por guardar silencio al ser interrogado por Caífo. Los guardias del palacio le vendaron los ojos y, burlándose, lo incitaron a identificarse al pasar, le escupieron y lo golpearon en la cara.

A primera hora de la mañana, maltratado y magullado, deshidratado y exhausto tras una noche sin dormir, Jesús es llevado al Pretorio de la Fortaleza Antonia, sede del gobierno del Procurador de Judea, Poncio Pilato. Seguramente, conocen la acción de Pilato al intentar transferir la responsabilidad a Herodes Antipas, el Tetrarca de Judea. Al parecer, Jesús no sufrió maltrato físico a manos de Herodes y fue devuelto a Pilato. Ante los gritos de la turba, Pilato ordenó la liberación de Barrabás y condenó a Jesús a la flagelación y la crucifixión.

Existe un gran desacuerdo entre las autoridades sobre la inusual flagelación como preludio a la crucifixión. La mayoría de los escritores romanos de este período no asocian ambas cosas. Muchos eruditos creen que Pilato ordenó originalmente la flagelación de Jesús como castigo completo y que la sentencia de muerte por crucifixión se produjo solo en respuesta a las burlas de la multitud, que afirmaban que el Procurador no defendía adecuadamente a César contra este impostor que supuestamente afirmaba ser el Rey de los judíos.

Los preparativos para la flagelación se llevaban a cabo cuando al prisionero le despojaban de sus ropas y le ataban las manos a un poste sobre la cabeza. Es dudoso que los romanos intentaran seguir la ley judía en este asunto, pero los judíos tenían una antigua ley que prohibía más de cuarenta latigazos.

El legionario romano avanza con el flagrum (o flagelo) en la mano. Se trata de un látigo corto compuesto por varias correas pesadas de cuero con dos pequeñas bolas de plomo sujetas cerca de los extremos de cada una. El pesado látigo se golpea con toda su fuerza una y otra vez sobre los hombros, la espalda y las piernas de Jesús. Al principio, las correas solo cortan la piel. Luego, a medida que los golpes continúan, se adentran más en el tejido subcutáneo, provocando primero un sangrado de los capilares y venas de la piel, y finalmente un sangrado arterial de los vasos de los músculos subyacentes.

Las pequeñas bolas de plomo primero producen grandes y profundas contusiones que se abren con los golpes posteriores. Finalmente, la piel de la espalda cuelga en largas tiras y toda la zona es una masa irreconocible de tejido desgarrado y sangrante. Cuando el centurión a cargo determina que el prisionero está a punto de morir, finalmente se detiene la paliza.

A Jesús, medio desmayado, lo desatan y lo dejan caer sobre el pavimento de piedra, empapado en su propia sangre. Los soldados romanos ven una gran burla en este judío provinciano que afirma ser rey. Le echan una túnica sobre los hombros y le colocan un bastón en la mano a modo de cetro. Aún les falta una corona para completar su parodia. Se trenzan ramas flexibles cubiertas de largas espinas (comúnmente usadas en haces de leña) en forma de corona y se la presionan contra el cuero cabelludo. De nuevo, sangra abundantemente, ya que el cuero cabelludo es una de las zonas más vascularizadas del cuerpo.

Tras burlarse de él y golpearlo en la cara, los soldados le quitan el palo de la mano y lo golpean en la cabeza, hundiendo las espinas aún más en su cuero cabelludo. Finalmente, se cansan de su sádico juego y le arrancan la túnica de la espalda. Habiendo ya adherido a los coágulos de sangre y suero en las heridas, su extracción le causa un dolor insoportable, como al retirar descuidadamente un vendaje quirúrgico, y casi como si lo estuvieran azotando de nuevo, las heridas vuelven a sangrar.

En deferencia a la costumbre judía, los romanos le devuelven sus vestiduras. El pesado patíbulo de la cruz está atado sobre sus hombros, y la procesión del Cristo condenado, dos ladrones y el destacamento de soldados romanos para su ejecución, encabezados por un centurión, inicia su lento recorrido por la Vía Dolorosa. A pesar de sus esfuerzos por caminar erguido, el peso de la pesada viga de madera, junto con el impacto producido por la abundante pérdida de sangre, es insoportable. Tropieza y cae. La áspera madera de la viga se clava en la piel y los músculos lacerados de los hombros. Intenta levantarse, pero sus músculos humanos han sido forzados al límite de su resistencia.

El centurión, ansioso por continuar con la crucifixión, elige a un fiel observador norteafricano, Simón de Cirene, para que cargue la cruz. Jesús lo sigue, aún sangrando y sudando el sudor frío y pegajoso de la conmoción, hasta que finalmente completa el trayecto de 650 metros desde la fortaleza Antonia hasta el Gólgota.

Le ofrecen a Jesús vino mezclado con mirra, un analgésico suave. Se niega a beberlo. Le ordenan a Simón que coloque el patíbulo en el suelo y Jesús es rápidamente arrojado hacia atrás, con los hombros contra la madera. El legionario palpa la depresión en la parte delantera de la muñeca. Clava un clavo cuadrado y pesado de hierro forjado a través de la muñeca hasta la madera. Rápidamente, se mueve al otro lado y repite la acción, teniendo cuidado de no tensar demasiado los brazos, pero permitiendo cierta flexión y movimiento. Luego, levantan el patíbulo hasta su posición en la parte superior del estípite y clavan el título que dice «Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos».

El pie izquierdo se presiona hacia atrás contra el derecho, y con ambos pies extendidos, con los dedos hacia abajo, se clava un clavo en el arco de cada uno, dejando las rodillas moderadamente flexionadas. La víctima es crucificada. Mientras se desploma lentamente, con más peso sobre los clavos de las muñecas, un dolor insoportable se extiende por los dedos y sube por los brazos hasta explotar en el cerebro; los clavos de las muñecas presionan los nervios medianos. Al impulsarse hacia arriba para evitar este tormento de estiramiento, deposita todo su peso sobre el clavo que atraviesa sus pies. De nuevo, se siente la agonía abrasadora del clavo desgarrando los nervios entre los metatarsianos.

En ese momento, a medida que los brazos se fatigan, fuertes calambres recorren los músculos, anudándolos con un dolor profundo, implacable y punzante. Con estos calambres, llega la incapacidad de impulsarse hacia arriba. Colgando de los brazos, los músculos pectorales se paralizan y los músculos intercostales son incapaces de actuar. El aire puede entrar en los pulmones, pero no puede exhalar. Jesús lucha por levantarse para poder respirar siquiera brevemente. Finalmente, el dióxido de carbono se acumula en los pulmones y en el torrente sanguíneo, y los calambres remiten parcialmente. Espasmódicamente, logra impulsarse hacia arriba para exhalar y tomar el oxígeno vital. Sin duda, fue durante estos períodos que pronunció las siete breves frases registradas:

El primero: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

El segundo, al ladrón arrepentido: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso».

El tercero, mirando al adolescente Juan, el amado apóstol, aterrorizado y afligido, dijo: «Ahí tienes a tu madre». Luego, mirando a su madre María, dijo: «Mujer, ahí tienes a tu hijo».

El cuarto clamor es del comienzo del Salmo 22: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

Horas de dolor inmenso, ciclos de retorcimientos, calambres que desgarran las articulaciones, asfixia parcial intermitente, dolor punzante donde el tejido se desgarra de su espalda lacerada. Se mueve arriba y abajo contra la áspera madera, soportando horas de dolor inmenso, ciclos de retorcimientos, calambres que desgarran las articulaciones, asfixia parcial intermitente. Entonces comienza otra agonía: un terrible dolor aplastante en lo profundo del pecho mientras el pericardio se llena lentamente de suero y comienza a comprimir el corazón.

Recordamos nuevamente el Salmo 22, versículo 14: "Estoy derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntan; mi corazón es como cera, se derrite en medio de mis entrañas".

Ya casi ha terminado. La pérdida de fluidos tisulares ha alcanzado un nivel crítico; el corazón comprimido lucha por bombear sangre pesada, espesa y lenta a los tejidos; los pulmones torturados hacen un esfuerzo frenético por inhalar pequeñas bocanadas de aire. Los tejidos, notablemente deshidratados, envían su torrente de estímulos al cerebro.

Jesús lanza su quinto grito: «Tengo sed».

Uno recuerda otro versículo del profético Salmo 22: "Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte".

Una esponja empapada en posca, el vino barato y agrio, bebida básica de los legionarios romanos, se lleva a sus labios. Aparentemente, no bebe nada del líquido. El cuerpo de Jesús se encuentra ahora en un estado de extrema tensión, y puede sentir el frío de la muerte recorriendo sus tejidos. Esta constatación da lugar a sus sextas palabras: «Consumado es».

Su misión de expiación ha terminado. Finalmente, decide morir. Con un último impulso de fuerza, vuelve a presionar sus pies desgarrados contra el clavo, estira las piernas, respira hondo y lanza su séptimo y último grito: "¡Padre! En tus manos encomiendo mi espíritu".

El resto ya lo saben. Para que el sábado no fuera profanado, los judíos pidieron que los condenados fueran despachados y bajados de las cruces. El método común para terminar una crucifixión era mediante la crucifixión, la fractura de los huesos de las piernas. Esto impedía que la víctima se impulsara hacia arriba; por lo tanto, no se podía aliviar la tensión de los músculos del pecho y se producía una rápida asfixia. A los dos ladrones les rompieron las piernas, pero cuando los soldados se acercaron a Jesús, comprendieron que esto era innecesario.

Al parecer, para asegurar la muerte por partida doble, el legionario clavó su lanza a través del quinto espacio intercostal, ascendiendo por el pericardio hasta el corazón. El versículo 34 del capítulo 19 del Evangelio según San Juan relata: «Y al instante salió sangre y agua». Es decir, hubo una fuga de líquido acuoso del saco que rodeaba el corazón, lo que constituye una prueba post mortem de que Nuestro Señor no murió por asfixia, como es habitual en la crucifixión, sino por insuficiencia cardíaca (corazón roto) debido al shock y la constricción del corazón por el líquido del pericardio.

Así, hemos vislumbrado, incluyendo la evidencia médica, ese epítome de la maldad que el hombre ha exhibido hacia el hombre y hacia Dios. Ha sido un espectáculo terrible, más que suficiente para dejarnos abatidos y deprimidos. Cuán agradecidos podemos estar de tener la gran secuela de la infinita misericordia de Dios hacia el hombre. Adaptado de: "Un médico testifica sobre la crucifixión, Dr. C. Truman Davis, konnections.com/Kcundick/crucifix.html".

David lo predijo así: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué estás tan lejos de salvarme, tan lejos de las palabras de mi gemido? ... Pero yo soy un gusano y no un hombre, escarnecido por los hombres y despreciado por el pueblo. Todos los que me ven se burlan de mí; me insultan, meneando la cabeza: Él confía en el Señor». Orden de compra; deja la L Orden de compra Rescátalo. Que lo libre, pues en él se deleita. ... Estoy derramado como agua, y todos mis huesos están descoyuntados. Mi corazón se ha convertido en cera; se ha derretido dentro de mí. Mi fuerza se ha secado como un tiesto, y mi lengua se pega al paladar; me has puesto en el polvo de la muerte. Perros me han rodeado; una banda de hombres malvados me ha cercado, me han horadado las manos y los pies. Puedo contar todos mis huesos; la gente me mira y se regodea sobre mí. Se reparten mis vestiduras entre ellos y echan suertes sobre mi ropa. ... Todos los confines de la tierra recordarán y se volverán al Señor. Orden de compra, y todas las familias de las naciones se inclinarán ante él, porque del Señor es el dominio. Orden de compra y él gobierna sobre las naciones. Todos los ricos de la tierra festejarán y adorarán; todos los que descienden al polvo se arrodillarán ante él, los que

No pueden mantenerse vivos. La posteridad le servirá; a las generaciones futuras se les hablará del Señor. Proclamarán su justicia a un pueblo aún no nacido, porque él la ha hecho. (Salmo 22:1-8; 14-18; 27-31)

La cruz es el centro

Comenzó un viernes por la mañana, sobre las 9:00. Terminaría a las 3:00 de la tarde. ¿Qué se puede hacer en seis horas? En nuestro mundo moderno y tecnológico, se puede enviar correos electrónicos a todo el mundo, comprar un automóvil y viajar 480 kilómetros o más. Se puede subir a un avión e ir de un extremo a otro del país. Se pueden hacer muchas cosas en seis horas. Pero ese día fue hace más de 2000 años.

¿Qué hacía la gente en esas seis horas? Probablemente como cualquier otro día, un agricultor se levantó y empezó a arar su campo porque era primavera y ya era hora de sembrar. Un ama de casa, estoy segura, se levantó y empezó a ocuparse de sus quehaceres domésticos. Un comerciante abrió su tienda y trabajó arduamente durante seis horas, preparándose para el Sabbath y la Pascua. Se puede hacer mucho en seis horas. Pero todo lo que se hizo en Jerusalén durante esas seis horas, y de hecho todo lo que se hizo en todo el mundo en todos esos días juntos, palideció en comparación con lo que se hacía en un monte llamado "Calvario". Un hombre estaba siendo crucificado, un hombre muy especial, clavado en una cruz romana. La suya estaba en una de las tres cruces erigidas ese día, la del medio.

Un visitante que llegara a Jerusalén ese día podría haber visto las cruces, meneado la cabeza y pensado: «¡Oh, una de esas ejecuciones tristes pero necesarias para mantener la paz y la justicia!». Los soldados romanos asignados a la tarea sabían poco de este misterioso joven carpintero que se negaba a mendigar, quejarse ni quejarse. No tenían ni idea de que quien prácticamente se postrara en esa cruz pudiera ser algo más que un simple nazareno.

Ah, pero empezaron a suceder cosas extrañas. Primero, la oscuridad, una negrura más oscura que un eclipse. El cielo tenía una penumbra inquietante e infernal. Era como si Dios, el Padre, le hubiera dado la espalda a la tierra, quizá incluso para derramar una lágrima. Luego vino el terremoto del que habla Mateo. Un misterioso estruendo proveniente de las entrañas de la tierra hizo que las rocas se partieran. Los prisioneros de la tumba fueron liberados del frío de la muerte. Los rumores se extendieron por toda Jerusalén.

de los cuerpos que habían sido sepultados realmente caminaban por las calles; sin duda los seres queridos los vieron y hablaron con ellos.

La cortina, ese enorme velo del templo que separaba el Lugar Santísimo del Santo de los Santos, se rasgaba. El lugar donde solo una vez al año, como Sumo Sacerdote, recibía la sangre de un cordero sin defecto para rociarla sobre el propiciatorio y hacer expiación, un sacrificio por todo el pueblo. Esa cortina medía 12 metros de alto y pesaba varias toneladas. Pero durante esas seis horas, alguien, algo, de alguna manera, rasgó esa enorme cortina de arriba abajo como si dos grandes manos la desgarraran. Como si el gran Dios del universo dijera: «El sumo sacerdote ha entrado en el Lugar Santísimo por última vez, en el último Día de la Expiación. Nunca más tendrá que entrar allí».

Bueno, este no era un viernes cualquiera. Jerusalén estaba sumida en un misterio que no podía comprender. La gente comenzaba a preguntarse al ver algunas cosas y oír otras. ¿Sería posible? ¿Sería posible? ¡No! No podía ser. Ese Nazareno podría ser algo más que un simple hombre, algo más que un simple carpintero que vivía en Nazaret, tal vez incluso algo más que un profeta. Casi se podía escuchar el proceso de pensamiento completo de toda una comunidad. De hecho, hablaron de ello durante días y días.

¿Recuerdan Pentecostés? ¿Recuerdan cómo 3000 personas fueron bautizadas en un solo día? ¿Se han preguntado alguna vez cómo 3000 personas fueron bautizadas en un solo día? No fue solo el poder de un sermón. Lo que sucedió en Jerusalén ese día fue de lo único que todos hablaron durante siete semanas. ¿Qué significaban todas esas cosas misteriosas? Entonces Pedro, ese día de Pentecostés, inspirado por el Espíritu, lo abrió. Dijo: «Ese era el Hijo de Dios en esa cruz». Por eso sucedió.

¿Te has parado a pensar alguna vez en su importancia para la historia humana? Todo el tiempo se mide por ella. Todo este libro, la Biblia, es su historia. Toda la historia del Antiguo Testamento apunta a ella, como un símbolo de lo que vendría. Ahora bien, un símbolo es una persona, lugar o cosa en la religión hebrea que prefigura o anticipa una persona, lugar o cosa en el Nuevo Pacto. En otras palabras, era un símbolo en aquel entonces que prefigura o anticipa algo aquí. Francamente, el Antiguo Testamento está lleno de hermosos símbolos. Cuando te tomas el tiempo de verlos y comprenderlos, te ayuda a reconstruir la magnífica providencia de Dios y puedes ver que la historia es la misma a lo largo de la historia, apuntando a la misma conclusión.

Los símbolos más bellos del Antiguo Testamento son aquellos que presagian la cruz. ¿Recuerdan la primera Pascua? Mientras la negrura de la plaga de la muerte de los primogénitos se extendía por Egipto, sin duda prefiguró la negrura del mediodía de ese viernes, justo cuando un Cordero fue inmolado en cada uno de esos hogares hebreos esa noche para que el ángel de la muerte pasara de largo, dejando a esa familia ilesa. Preparó el escenario para el momento en que el verdadero Cordero, el Cordero de Dios, sería inmolado, permitiendo que la muerte pasara de nuevo sobre la humanidad.

¿Y qué tal el Arca de la Alianza, la misteriosa Arca de la Alianza que se nos presenta en Éxodo 25 en el Monte Sinaí? ¿Recuerdan el nombre de la cubierta del Arca de la Alianza? Se llamaba "El Propiciatorio". En ese "Propiciatorio", una vez al año, el sumo sacerdote entraba al Lugar Santísimo con la sangre de un cordero sin defecto y rociaba gotas de sangre sobre el Propiciatorio para que el pecado fuera quitado. Pero fue en la cruz donde se estableció el verdadero propiciatorio y donde la sangre del sacrificio perfecto no solo fue rociada, sino que fluyó para quitar todo pecado para siempre.

¿O qué tal cuando los israelitas habían estado murmurando, quejándose y pecando de nuevo, y Dios los arrojó en medio de serpientes venenosas, mordiénolos y matánolos? Entonces Moisés, después de orar, formó una serpiente de bronce, la colocó en un asta y la levantó. Su cura para una muerte segura era gratuita y estaba disponible para todos. Pero tenían que actuar por sí mismos. Tenían que contemplarla para vivir. Pero al hacerlo, no se ganaron la cura, pues era gratuita para todos. Al contemplar la serpiente de bronce no obraron, pero sí actuaron para vivir (Números 21). Jesús dijo en Juan 3, al igual que aquella serpiente de bronce: «Si soy levantado, atraeré a todos hacia mí». Podría mencionar dos docenas más, pero el Antiguo Testamento es como un enorme letrero con una flecha que dice: «Por aquí a la cruz. Por aquí a la cruz».

Entonces, cuando Jesús vino, vivió para ello. Vivió para la cruz.

Desde su infancia, la cruz proyectó su sombra sobre él. Desde el mismo día en que vino a este mundo en Belén, donde no había lugar en la posada, le decía en ese preciso instante: «No hay lugar para ti en este mundo. No encontrarás alojamiento aquí. Serás rechazado e incluso crucificado».

Los evangelios nos registran no menos de una docena de relatos diferentes de Jesús prediciendo su propia muerte. Pienso en Mateo 16, cuando él y sus discípulos estaban descansando un rato en Cesarea de Filipos. Jesús preguntó: "¿Quién creen que soy?". Después de que hubieran especulado y comentado lo que decían otros, Pedro lo miró y dijo: "Tú eres el Cristo, tú eres el Hijo de Dios vivo". Jesús dijo: "Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque...

No te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre celestial. Jesús sabía que los hombres que llevarían a cabo aquello por lo que él iba a morir comenzaban a comprender. El versículo 21 dice que, inmediatamente después, Jesús comenzó a explicar a sus discípulos cómo debía ir a Jerusalén y sufrir mucho a manos de los ancianos, los principales sacerdotes y los maestros de la ley; que debía ser ejecutado y resucitar al tercer día.

Dijo lo mismo en Mateo 17, 20, 21. En Mateo 26 en ese entonces *La última cena*, Les dijo de nuevo: «Estoy a punto de morir». En esas pocas horas posteriores en el Huerto de Getsemaní, se postró rostro en tierra y preguntó si había otra opción. Sabía que había nacido para este destino. La cruz era el propósito por el que Jesús vino aquí, y siempre lo supo.

Todo el Nuevo Testamento lo refleja. Pablo dijo: «Los judíos exigen señales milagrosas y los griegos buscan sabiduría, pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos y locura para los gentiles» (1 Corintios 1:22, 23). «Porque me propuse no saber nada mientras estuviese con vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado» (1 Corintios 2:2). «Que nunca me gloríe sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gálatas 6:14). ¿Ves esas tres afirmaciones? Pablo dijo: «Todo lo que conozco es a Cristo crucificado». Luego añadió: «Todo lo que predico es a Cristo crucificado» (1 Corintios 1:23). «De lo único que me glorío es de la cruz de Cristo, Jesús crucificado» (Gálatas 6:14). «Para mí, el vivir es Cristo, y morir sería ganancia», porque él fue crucificado (Filipenses 1:21).

Amigos, si revisan la Biblia, el Nuevo Testamento, verán que cada sermón predicado por Pablo o Pedro se centra en la crucifixión y resurrección de Jesús. Así que, ya sea el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento o toda la Biblia, la cruz es central.

Hace años, en la Marina Real Británica, en sus grandes veleros, se tejía un hilo azul justo en el centro de la cuerda que se usaría para izar la vela mayor, porque querían que esa cuerda fuera distinguible. Si necesitaban izarla en una emergencia, para huir de un enemigo o para evitar una tormenta, buscaban la cuerda con el hilo azul justo en el centro. La cruz debería ser así. Siempre visible y accesible. Es lo principal, no solo en este libro, sino en la vida misma. Debería estar en el centro de todo lo que hacemos; en el centro de nuestro estilo de vida, en el centro de nuestra vida familiar, en el centro de nuestra vida laboral y escolar. Si alguna vez quitamos a Jesús y su cruz del centro, lo perdemos todo.

¿Has visto alguna vez letreros en postes que digan "Cable eléctrico enterrado aquí"? Esos son los dichos de la cruz. Llegas a uno de esos dichos, excavas y allí hay poder: una fuente de poder en nuestras vidas si nos tomamos el tiempo para comprenderlo. La última palabra de Jesús...

Las palabras fueron: «Consumado es» (Juan 19:30). ¿Qué ha terminado? El plan divino para redimir a toda la humanidad ha terminado. El miedo del hombre a la muerte ha terminado. El poder de la culpa ha terminado. La incertidumbre del mañana ha terminado.

Las siguientes lecciones de esta serie se centrarán en siete increíbles declaraciones del Hijo de Dios en forma humana. No sé ustedes, pero para mí, nada fue más asombroso en todo el espectro de ese drama divino que llamamos la cruz que esas siete palabras de Jesús. ¿Qué dirías si estuvieras camino a ser ejecutado? Si fuera un castigo lento y tortuoso como el que recibió Jesús, ¿qué te atreverías a decir mientras colgabas de la cruz?

Jesús escogió cuidadosamente las palabras que pronunciaría en la cruz. No fueron frases al azar pronunciadas por un mártir afligido. Fueron declaraciones intencionadas de Dios mismo para darnos algunas pistas sobre la insondable profundidad del significado de la cruz en la que colgaba.

1. Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen. .(Lucas 23:34)

Esas son palabras de perdón. Dirigidas a ese público inmediato, pero que se extienden mucho más allá de ellos.

2. Hoy estarás conmigo en el paraíso. .(Lucas 23:42, 43)

Jesús se volvió hacia el ladrón y le dirigió palabras de aceptación a un delincuente común, la última persona en el mundo que uno pensaría que debería estar en el paraíso ese día. Una persona que, a diferencia de Jesús, estaba allí por los crímenes que había cometido.

3. Querida mujer, aquí está tu hijo., y al discípulo (Juan), **Aquí está tu madre.** (Juan 19:25)

Palabras de consuelo, incluso en medio de su agonía, las hermosas palabras de consuelo.

4. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

(Mateo 27:46)

¿Qué significan esas palabras? Palabras de separación, una separación horrible, pero una separación que debía ocurrir si queríamos vivir para siempre.

5. **Tengo sed** (Juan 19:28)

Las palabras de la humanidad nos muestran que Jesús no era un bicho raro, era como tú y como yo. Sufría, tenía sed, tenía hambre y comprendía nuestro dolor.

6. **Esta terminado** (Juan 19:30)

Las palabras de victoria. Las palabras más grandiosas jamás pronunciadas.

7. **En tus manos encomiendo mi espíritu** (Lucas 42:36) Las grandes palabras de la entrega definitiva.

La cruz está en el corazón de nuestra fe. Es la parte central de lo que defendemos. Es la única razón por la que podemos reunirnos como comunidad de fe.

Esta semana me encontré con una parábola moderna que, me temo, revela la situación de demasiadas personas y, en realidad, de demasiadas iglesias. La parábola habla de una iglesia que construyó un edificio completamente nuevo. Lo hicieron espectacularmente bonito y detrás del púlpito colocaron un letrero que decía: "Predicamos a Cristo crucificado". Luego, en la esquina inferior, colocaron una pequeña planta en maceta, una de esas enredaderas que trepaban por la pared como decoración. Con el tiempo, la enredadera comenzó a crecer y, al crecer, la congregación comenzó a apaciguarse. Después de un tiempo, cubrió la última palabra, "crucificado". La parte legible del letrero solo mostraba "Predicamos a Cristo". Efectivamente, no tanto la cruz, sino al amable Jesús, con su orientación social y su compasión por todas las necesidades. Pero la enredadera siguió creciendo y la congregación se apaciguó, y después de un tiempo, solo se veían las palabras "Predicamos". Finalmente, simplemente se olvidaron de Cristo. La idea era un evangelio humano, una religión humana que respondía a las necesidades humanas, buscando cualquier respuesta, pero no una cruz. Finalmente, la vida siguió creciendo hasta que solo quedó la palabra «Nosotros». Ruego a Dios que en nuestra vida sigamos proclamando a Cristo crucificado.

Si te preguntas en qué medida la cruz está en el centro de tu ser, responde hoy estas tres preguntas en tu corazón.

1. **¿La cruz te lleva a arrodillarte en agradecimiento?** ¿Te postras ante eso y das gracias a Dios por el hecho mismo de que las puertas del cielo están abiertas debido a ello?

2. **¿La cruz te libera de la culpa?** ¿O estás cargando con un saco lleno de ella y no estás depositando esa culpa en la cruz para que haga el trabajo que fue diseñado para hacer?

3. **¿La cruz te hace entregarte diariamente a Dios?** ¿Estás muriendo en tu propia cruz y dejando que Cristo viva en ti?

Si no puedes responder esas tres preguntas hoy tan bien como quisieras, espero y rezo para que cuando terminemos esta serie, tu vida haya cambiado.. Sublime Gracia Lección #1250 Steve Flatt - 18 de febrero de 1996

Padre, perdónalos

La cruz había sido erigida, la carne desgarrada, colgando de púas en sus manos, y Jesús se esforzaba por respirar. No había un músculo de su cuerpo que no ardiera. Sus ojos escocían por la mezcla de sangre y sudor. Todos aquellos a quienes había estado enseñando durante tres años se habían ido; solo un puñado de amigos permanecían allí al pie de la cruz. Ah, pero los provocadores y los injuriadores, allí estaban; gritaban: "¡Baja, Rey de los judíos! ¡Ja! ¡Menudo Salvador! Salvó a otros, ¿por qué no puede salvarse a sí mismo?". Con los ojos nublados, Jesús miró a esa chusma murmurante; y, alzando la vista al cielo, pronunció una breve oración: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Dime, ¿de dónde viene ese amor? ¿Puedes explicarme el origen de esa fuente de perdón? Compáralo con nosotros. Perdemos la calma cuando alguien nos cierra el paso en el tráfico, choca con nuestro carrito del supermercado o cuando los niños no llegan a tiempo. Mira a Jesús: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

¿Quién habría criticado a Jesús si hubiera tenido una sola palabra de preocupación por sí mismo? Quizás decir: «Soy inocente, ¿qué hay de mis derechos?». O incluso una crítica: «Seguro que te arrepentirás», habría sido apropiada. No, cuando su dolor era más intenso y estaba a punto de separarse de su Padre por primera vez en la eternidad, ¿en quién pensaba? Pensaba en los pecados de quienes le habían clavado las púas de quince centímetros en las manos y le habían escupido en la cara.

Dime, ¿qué clase de amor es ese? ¿De dónde viene? ¿Qué clase de matrimonio tendrías si tuvieras ese amor, totalmente consumido por las necesidades y los deseos de otra persona antes que por los tuyos? ¿Qué clase de cristianos seríamos si nos amáramos así? Nos molestan las cosas triviales, pero en contraste, Jesús, durante la muerte más dolorosa, injusta e injusta imaginable, oró: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Esa breve pero conmovedora oración está registrada en Lucas 23:34. Es la primera de siete declaraciones de los labios de Jesús mientras colgaba de la cruz.

Estas siete afirmaciones son más que solo siete afirmaciones. Son como la pestaña o el índice de un enorme cuaderno: solo una o dos palabras, pero detrás hay un volumen de información esperando ser comprendida. Estos dichos en la cruz son como el letrero que dice: "Cable de alimentación enterrado aquí". Si pudieras profundizar un poco, encontrarías esta inimaginable fuente de poder esperando tu vida. Estas afirmaciones de la cruz resumen quién es Jesús. Si logras comprenderlas completamente, comprenderás el resumen de todo lo que dijo e hizo.

La declaración más básica que hace la cruz es **Perdón** «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Sí, oraba por quienes le clavarón las estacas en la mano y dirigieron el juicio ilegal, pero también oraba por aquellos que, según la letra hebrea, lo crucificarían de nuevo.

Escuché la historia de dos hombres que estaban en un bote en el océano y el bote se hundió, pero lograron subir a una balsa salvavidas y flotaron durante unas horas antes de ser recogidos por la guardia costera. Uno de ellos estaba inmensamente agradecido. No paraba de elogiar al capitán y les dio la mano a todos los tripulantes. Dijo: "Gracias, gracias, gracias". El otro hombre se quedó callado. Dijo: "Bueno, ya sabes, Tom, no le des tanta importancia". Cuando llegaron a la orilla, el reportero estaba allí y entrevistó al primer hombre, quien lloraba de gratitud. El otro no quería ser entrevistado. El reportero lo miró y le preguntó: "¿Qué le pasa a tu amigo?". Y él respondió: "Bueno, a decir verdad, cree que podría haber salido solo".

Es interesante, ¿verdad?, cuando crees que puedes salir adelante por ti mismo y no te rescatan. Creo que la primera señal de un cristiano genuino, un verdadero converso a Cristo, es alguien que sabe que estaba perdido, alguien que habla y se comporta como si dijera: "Estaba en mi ruina, levantando el tercer dedo, y estaba a punto de ahogarme en mi pecado. Jesucristo me salvó".

Lo triste es que, en todo el país y en todo el mundo, cientos de miles de personas se sientan en las bancas, orgullosas y engreídas. No lo dirían en voz alta, pero en el fondo piensan: "Me va bastante bien solo. Lo estoy remando muy bien". Miran a su alrededor a todos los que no están sentados en esas bancas pensando: "Soy una buena persona, nunca maté a nadie, nunca pude golpear a nadie, no digo palabrotas, no fumo, no mastico tabaco, no me junto con quienes lo hacen". Simplemente están orgullosos de lo bien que lo están haciendo.

Puedo hacerle dos preguntas a cualquiera y aprender mucho sobre su teología, aprender mucho sobre lo que piensa acerca de Jesús y sobre todas las cosas espirituales.

1. "¿Vas a ir al cielo?" Te dirán: "Sí, no, o algo intermedio: no estoy seguro, espero que sí, no lo sé", ese tipo de cosas. Puedes averiguar mucho.
2. A quienes responden afirmativamente: "¿Cómo vas a lograrlo?". Lo que he encontrado en más del 50 % de las veces, al hacer esa pregunta, la respuesta número uno es: "Bueno, he sido tan bueno como la mayoría de la gente que conozco". Ya saben lo que dicen: "Estoy remando con todas mis fuerzas". Comparen eso con el apóstol Pablo, quien dijo: "Soy el primero de los pecadores. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?".

Pablo dijo eso porque entendía el perdón. Se ha dicho de Pablo que solo entendía dos cosas: sabía que estaba perdido y sabía que era salvo. Al leer sus epístolas, su comprensión se percibe en cada línea. Eso es lo que todo cristiano genuino sabe: sabe que estaba perdido, que estaba desesperado y, de repente, alguien le lanzó un salvavidas.

Consideren esta sencilla oración de Jesús: «Padre, perdónalos, porque saben lo que hacen». ¿Qué implica ese perdón? ¿Cómo se aplica a ti y a mí? ¿Cuáles son sus características?

1.El perdón que Jesús ofreció y pidió en la cruz es dado.

"Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro." (Romanos 6:23) ¿Escucharon el contraste? "Porque la paga", es decir, el salario, "es muerte", es decir, el pago del pecado, "pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro". Lo primero que debemos recordar sobre el perdón que Jesús ofreció en la cruz y que aún ofrece desde el trono celestial es que no es algo que nos ganamos. Su gracia, su perdón, es un regalo.

Permítanme ilustrarles esto y mostrarles por qué es importante. Piensen ahora mismo, excluyendo la salvación, la cruz o lo que consideramos espiritual, dado verticalmente, ¿cuál es el regalo terrenal máspreciado que tienen ahora mismo? ¿Cuál es? Algunos dirán que es un hijo recién nacido, ese es el regalo máspreciado. Otros dirán que es una familia sana, ese es el regalo máspreciado. Excluyendo la salvación, el amor de mi esposa es el regalo más grande que tengo. Pero si le dijera: "Cariño, me has amado durante 17 años y te lo agradezco mucho. Quiero pagarte por ese amor. Ojalá tuviera más dinero, pero tengo unos 1700 dólares. Podría darte unos 100 dólares al año por todo el amor que me has dado hasta ahora. Déjame darte 1700 dólares. Vamos a incluirlos en nuestro presupuesto ahora mismo. Te pagaré otros 25 dólares al mes de ahora en adelante por el amor que me das". ¿Qué crees que haría?

Bueno, primero que nada, pensaría que es una broma. O sea, se reiría: "¿Qué estás haciendo? ¡Anda ya!". Y si insistiera y dijera: "No, no, esto es lo que de verdad quiero hacer. Quiero pagarte por ese regalo", me miraría como si fuera un completo absurdo. Amigos, eso es absurdo porque un regalo no se puede comprar. No se puede ganar. Si se puede, no es un regalo; se convierte en un salario.

Lean Romanos 6:23 de nuevo: «Porque la paga...» el salario está ligado al pecado, es muerte, «pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús». Me sorprende la cantidad de millones de personas que invierten ambas cosas. Creen que su perdición, la muerte espiritual que van a sufrir, es solo una mala racha o la volubilidad y capricho de un Dios extraño, y que la salvación que van a tener se la ganan día a día por lo buenos que son. Lo han entendido exactamente al revés. Lo que ganamos es el infierno por cada pecado que cometemos. La dádiva es el perdón.

¿Qué haces cuando recibes un regalo? Dices "Gracias" y actúas con gratitud. Cuanto más grande sea el regalo, más largo será y más agradecido actuarás. Al intentar pagar un regalo:

a. Insultas al dador Dios se siente insultado si intentamos pagar por el don del perdón, porque lo estamos reduciendo a un mercenario. Lo reducimos a un vendedor. Lo prostituimos al intentar intercambiar amor, y Dios no se dejará reducir a eso. Reacciona con fuerza a eso, y siempre lo ha hecho. De hecho, eso fue lo que tanto enfureció a Jesús de los fariseos. Creían que estaban pagando por su salvación. Se la estaban ganando. Algunos piensan eso hoy en día.

Hay una gran diferencia entre logro y expiación. El logro es algo por lo que trabajas. La expiación es algo que te es dado. La palabra expiación...

Significa pagar una deuda que uno no puede pagar por sí mismo. Jesús ofreció la expiación. Dios, el Hijo, sabe que no podemos salir de nuestro propio lío. Por eso, se ofreció como sacrificio y en esa cruz suplica: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

Ah, pero el espíritu humano solo quiere salvarse por sus logros. ¿Sabes por qué? Porque vivimos en un mundo manchado por el pecado que no funciona por la expiación, sino por sus logros. Sin embargo, conocemos las respuestas a esos viejos lemas: "¿No hay nada gratis? ¿Almuerzo?" y "¡Cuidado con el número uno!". Claro, todos los conocemos; así funciona el mundo, así que queremos salvarnos por nuestras propias buenas obras. La pregunta que le hago a cualquiera que tenga esa filosofía es: ¿cuántas buenas obras se necesitan para ser salvo? ¿Cuál es la cuota? ¿Cuál es el estándar? Insultas al que da cuando intentas pagar por el regalo.

b. Creas una relación comercial Si dices: «Toma, dame esto, te doy aquello». Eso es un intercambio, un trueque, un trueque, una transacción comercial. Cuando intentas devolver el regalo de Dios, reduces la relación padre-hijo a una relación empleador-empleado, y eso está muy lejos de lo que Dios quiere.

Permítanme ilustrarlo. Cada mes pago la hipoteca de alguien en Chicago a quien nunca he visto. Él o ella nunca me ha visto. ¿Tenemos una relación? Sí. ¿Le importa si tengo apendicitis? ¿O si mi matrimonio empieza a tener problemas? ¡No! Solo les importa conseguir lo suyo. Es una relación, pero superficial. Solo está en el papel. Si llego a un acuerdo contractual con Dios: "Hago esto, tú me das el cielo", entonces estoy forjando una relación de negocios con Dios. Él quiere ser mi Padre, no mi jefe. Quiere amarme, cuidarme y perdonarme como un padre perfecto. Eso es lo que quiere.

do. Cuando intentas pagar un regalo, revelas tu propia incompreensión. .Simplemente no tienes el Concepto. El perdón se da.

2.El perdón que Jesús pidió y ofreció es radical .

Es radical, extremo y extraordinario. El don es una sustitución radical. "Porque Dios lo hizo..."

"No tuvo pecado, para que por nosotros fuese pecado, para que en él fuésemos hechos justicia de Dios." (2 Corintios 5:21) Ese es mi versículo favorito de la Biblia porque dice de qué se trata la cruz.

¿Quién es el él? En 2 Corintios 5:21? Sabes quién es. Es Jesús, ¿verdad? Digámoslo de nuevo, poniendo a Jesús en su lugar. "Porque Dios hizo Jesús quien no tuvo pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que en Jesús para que lleguemos a ser justicia de Dios."

Como ejemplo, supongamos que un día estás en el Juicio. Dios te pregunta: "¿Cuántos pecados cometiste?". Respondes con la cabeza gacha: "Oh, no muchos, Señor". Él dice: "Bueno, piénsalo bien". "Bueno, hubo una vez que no ayudé a la señora a cruzar la calle. Luego hubo otra vez que no honré a mi padre y a mi madre como debía. Y yo...". Él dice: "Revisemos los libros". El libro de tu vida está abierto, está manchado de pecado. Todo lo que hiciste o dijiste está registrado allí, tanto tus buenas obras como tus pecados. Realmente no quieres que nadie lo vea. De repente, Jesús se acerca y se para a tu lado, limpio y blanco como la nieve. Recuerda: Dios hizo pecado al que no tenía pecado para que...en Él Para que podamos ser la justicia de Dios. ¿Quieres saber, cristiano, cómo te verás ante el Padre en el Día del Juicio? A menos que Jesús te haya purificado con su sangre y haya sustituido su vida por la tuya, será desagradable y desagradable. Si su sangre te ha purificado y permaneces en él, Jesús estará allí cargando con todos tus pecados. Es una sustitución radical.

3.El perdón está arreglado .

No fue accidental ni casual; es parte de un plan eterno. Cuando era niño, oí... Esta ilustración se usa mucho para la cruz. Quizás la hayas oído. Se trata de un hombre que operaba un puente mecánico que permitía el paso de trenes, pero que giraba a ciertas horas para que los barcos pudieran pasar por el río. Una vez, el puente estaba girado, pero de repente recibió una señal y oyó que se acercaba un tren. Iba a tener que volver a colocar el puente en su sitio para que los pasajeros pudieran cruzar sin ser destruidos. Pero el problema era que ese día había llevado a su hijo de tres años al trabajo. El niño se le había escapado y buscó a Junior, quien estaba en el mecanismo del puente, en los engranajes. El niño estaba jugando con los engranajes y, con solo unos minutos, no tenía tiempo de bajar a buscarlo y cerrar el puente. Tenía la opción de salvar el tren y a cientos de pasajeros o accionar la palanca de cambios y aplastar a su hijo. Angustiado por esa decisión, accionó la palanca de cambios. Nuestro Dios entregó a su Hijo en la cruz para que todos los que acudieran a él pudieran ser perdonados y salvos.

Esa es una ilustración poderosa, pero hay una parte principal que no es del todo correcta. Es inexacta. Vean si pueden identificar dónde está la inexactitud. «"Varones israelitas, escuchen esto: Jesús de Nazaret fue un hombre acreditado por Dios ante ustedes con milagros, prodigios y señales que Dios hizo entre ustedes por medio de él, como ustedes mismos saben. Este hombre les fue entregado por el determinado propósito y previo conocimiento de Dios; y ustedes, con la ayuda de hombres inicuos, lo mataron clavándolo en la cruz"» (Hechos 2:22-23).

¿Cuál es la falacia de la ilustración que he escuchado toda mi vida? Aquí está. La cruz, a diferencia del ingeniero sentado en la planta, no fue una reacción instintiva de algún ingeniero eclesiástico que vio el mundo descontrolarse. La cruz era parte del plan original.

El plan ya estaba en marcha desde el momento en que Eva clavó los dientes en el fruto. Ya existía antes, cuando Jesús vino a esta tierra, nació o fue crucificado. La sombra de la cruz se acercaba con cada paso que daba.

¿Te has parado a pensar alguna vez que Jesús fue quien dio vida a la semilla que se convirtió en el árbol del que se talaría su cruz? ¿Jesús fue quien puso el hierro en la tierra para fundir las espigas? ¿Jesús fue quien insufló vida al embrión que se llamaría Judas en el vientre de su madre, quien lo traicionaría? (Colosenses 1:15-16)

¿Cómo fue planear tu propia ejecución? No lo sé, no tengo ni idea, pero no fue casualidad. Sé que él supo desde el principio que la única manera de que su novia pudiera vestirse de blanco y vivir eternamente en el cielo era si él mismo moría por sus pecados. Amigos, sabiendo eso, entiendo mejor por qué pudo mirar hacia abajo desde esa cruz, sabiendo siempre que iba a estar colgado allí, y decir: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Verán, el amor que ofreció esa oración vino del trono celestial, donde el amor tiene su origen mismo. La cruz y el perdón no fueron accidentales. Fueron planeados.

4. El perdón es continuo.

Te contaré algo interesante sobre esta oración de una sola frase de Jesús: "Padre, perdona Ellos, porque no saben lo que hacen." Se usa el pretérito imperfecto del verbo, lo que indica una acción repetida en pasado. Bueno, en otras palabras, más literalmente, la traducción es que Jesús repetía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". ¿Lo ven? Puedo verlo murmurándolo durante las seis horas entre cada declaración: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Qué apropiado, porque aunque su sacrificio fue una vez para siempre, el perdón que proviene de esa cruz es perpetuo. Hebreos 9:26 dice: «Si andamos como cristianos en la luz, como él está en la luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús nos limpia de todo pecado». (1 Juan 1:7) Me encanta esa palabra «todo», ¿verdad? Una palabra pequeña, pero que significa mucho: nos limpia de...todo pecado-todo nuestro pecado antes de venir a Cristo en el bautismo,todo nuestros pecados después si caminamos en la luz.

Dos versículos más adelante: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad." (1 Juan 1:9) Luego, dos versículos, Juan dice: "Hijitos míos, les escribo estas cosas para que no pequen. Pero si alguno peca... tenemos a Jesucristo,

El Justo, como abogado por nuestros pecados (1 Juan 2:1). Quiero que veas, como cristianos, que si estamos dispuestos a vivir en el amor y la voluntad de Jesús, no en rebeldía contra su voluntad, si alimentamos el pecado, tratando de esconderlo en algún lugar apartado de Dios, sino que confesamos abiertamente nuestras faltas y errores, entonces somos perdonados continuamente. Somos lavados a diario para estar limpios y permanecer blancos. Entonces Dios me deja entrar.

5.El perdón es un modelo a imitar. Jesús nos capacita para perdonar a quienes nos rodean. «Sean bondadosos y compasivos unos con otros, perdonándose mutuamente, así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo» (Efesios 4:32). La clave para vivir una vida de perdón hacia los demás es reconocer que nuestro propio perdón proviene de esa cruz. Quienes perdonan son personas perdonadas. Sin excepciones.

El siguiente acróstico puede ayudarte a recordar el don de la Gracia de Dios.

Dado
Radical
Organizado
Continuo
Ejemplar

Aceptamos ese regalo al llegar a la cruz. Las Escrituras nos dicen cómo. Dios no nos hace escalar montañas ni correr una maratón. Lo que nos dice es simplemente: «Quiero que pongas tu confianza en Cristo, que llegues a la cruz con fe, que creas que Jesús, Dios encarnado, murió en la cruz por ti, que confieses esta creencia ante los hombres, que mueras a tus pecados y que seas sepultado con él en el bautismo en agua, momento en el cual yo, Dios, te daré una nueva vida libre de pecado, habiendo sido lavado por la sangre de Cristo». Sublime Gracia, Lección n.º 1251, Steve Flatt, 25 de febrero de 1996

El poder de perdonar

Llevaron también con él a otros dos hombres, ambos malhechores, para ser ejecutados. Al llegar al lugar llamado la Calavera, lo crucificaron junto con los malhechores, uno a su derecha y el otro a su izquierda. Jesús dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Y repartieron sus ropas echando suertes. El pueblo estaba allí mirando, y los gobernantes incluso se burlaron de él. Decían: «A otros salvó; que se salve a sí mismo si es el Cristo de Dios, el Elegido». Los soldados también se acercaron y se burlaron de él. Le ofrecieron vinagre y le dijeron: «Si eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo». Había un cartel escrito encima de él que decía: «Este es el *Rey de los judíos*. Uno de los malhechores que colgaban allí lo insultaba: «¿No eres tú el Cristo? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!». Pero el otro malhechor lo reprendió: «No temas».

Dios —dijo—, ¿ya que estás bajo la misma sentencia? Nosotros somos castigados con justicia, pues recibimos lo que merecemos por nuestras obras. Pero este hombre no ha hecho nada malo. Entonces dijo: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a tu reino». Jesús le respondió: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23:32).

Al observar la escena de la crucifixión, ¿con cuál de los personajes se identifica más fácilmente? Al observar sus rostros, ¿hay algo que le recuerde a sí mismo? Para algunos, la respuesta podría ser Pedro. Hace declaraciones y promesas de lealtad, solo para que no las cumpla. Quizás esté luchando con la culpa y la frustración, preguntándose: ¿Podrá Dios perdonarme alguna vez por haberme vuelto a fallar? Quizás se identifique con Pilato. Piense en Pilato; la palabra clave es "casi", ¿no? Casi liberó al Hijo de Dios. Casi hizo lo correcto. Quizás su vida esté envuelta en la palabra "casi". Casi se convirtió al cristianismo. Casi vivió una vida fiel. Casi vivió una existencia disciplinada.

Quizás te identificas con María. Creo que hay muchas Marías, hombres y mujeres, fieles, leales, leales, a veces tristes o a veces confundidas. O quizás alguien se identifica con Juan. Tú también estás ahí, pero eres tímido, callado, tienes miedo. Fuera de este lugar, nadie sabe que eres discípulo de Jesús.

Al observar a todo el elenco de personajes en torno a la crucifixión, ¿con quién se identifica? Entre todos esos personajes, les sugiero que hay uno con el que cada uno de nosotros, los que estamos en Cristo, podemos identificarnos. Él es el foco de nuestro estudio. No les va a gustar esto, pero todos los cristianos nos identificamos con el cayado crucificado. Como él, ustedes cuelgan de la cruz junto a Jesús. Como él, han mirado con fe y han hecho la petición más inimaginable. Y como él, han recibido lo que Pablo llamó el "don inefable" de la salvación.

¿Qué nos dice la escena del ladrón crucificado? ¿Qué nos muestra? Solo dos cosas básicas, pero son las dos lecciones más importantes que un ser humano podría aprender. **El valor inconmensurable de una persona y la inmensurable profundidad del amor de Dios**. Es una historia hermosa, y en muchos sentidos, misteriosa. Durante generaciones, la historia del cayado crucificado ha generado controversia sobre cómo aceptar la gracia de Dios hoy en día y cómo convertirse al cristianismo. No se registra con ese propósito. Todo esto ocurrió antes de que existieran los cristianos, antes de que Dios estableciera su iglesia. La razón por la que esta historia ha perdurado a lo largo de la historia es para mostrarnos, tan gráficamente como cualquier otra página de la Biblia, esas dos poderosas lecciones: el inmensurable valor de una persona y la inmensurable profundidad del amor de Dios.

Siete declaraciones que Jesús hizo en la cruz resumieron toda su vida y misión como pestañas o el índice de un cuaderno grande. Al hojearlas, encuentras un volumen de material detrás de cada pequeña pestaña.

1.El valor inconmensurable de una persona .

Vemos a Jesús tratando a ese cayado crucificado como siempre ha tratado a las personas a lo largo de su ministerio. Esas personas están indefensas y acuden a él con fe. Por ejemplo, mostró el mismo cuidado y gracia mucho antes, al bajar del Sermón del Monte. Mateo nos cuenta en su evangelio, capítulo 8, que estaba apiñado alrededor de un grupo de personas que conversaban cuando, de repente, ese grupo se dispersó como cucarachas que acababan de ver un rayo de luz. Alguien gritó a todo pulmón: "¡Leproso!". Efectivamente, allí estaba, una masa apiñada de humanidad, una herida ambulante, una llaga supurante, tal vez sin brazo, tal vez sin nariz. Les aseguro que no tenía nada, salvo una última y desesperada oración. El leproso levantó la vista y dijo: "Maestro, si quieres, puedes limpiarme".

Mira, ese leproso tenía exactamente lo mismo que el ladrón crucificado: solo una oración desesperada. ¿Recuerdas lo que Jesús le hizo a ese leproso? Jesús extendió la mano y lo tocó. Puso sus manos sobre una de esas llagas abiertas y sangrantes. Ahora tienes que ver a Pedro y Juan desde los arbustos mirando hacia afuera diciendo: "¡Oh, no, Maestro, Maestro, no, no lo toques!". ¿Por qué lo hizo? ¿No podría Jesús haber sanado al leproso sin tocarlo? Claro que sí. ¿Por qué lo hizo? Nos estaba enseñando el inmensurable valor de una persona.

Amigos, un ser humano tiene valor porque es humano. El mundo no lo cree. Nos enseña que nuestro valor se basa en nuestra apariencia, en lo que podemos hacer o en nuestros ahorros. Si combinamos todo esto, obtenemos el sistema de valores del mundo. Dios dice: «No, eres valioso solo porque fuiste creado a mi imagen, único en toda la creación».

Jesús le enseñó lo mismo a la mujer adúltera en Juan 8. ¿Recuerdan su historia? No tenía argumentos para defenderse. La habían descubierto en el acto de adulterio. No tenía defensa. Diríamos que era culpable como el pecado. Pero cuando sus ojos se encontraron con los de Jesús, no vio el odio ni la amargura que había visto en esos otros ojos. Lo miró con súplica, y él le perdonó la vida.

Las historias del Evangelio se repiten una y otra vez: la mujer samaritana, Zaqueo subido al árbol y el ciego Bartimeo. Así que no debería sorprendernos ver lo que le sucedió a este hombre que murió.

Junto a Cristo. Es curioso que no sepamos mucho de este ladrón, ¿verdad? Desconocemos su nombre, su ciudad natal, a qué se dedicaba ni qué sabía de Jesús. Algunos han especulado que era un patriota, uno de esos fanáticos judíos que intentaba expulsar al ejército romano del país. A decir verdad, lo dudo. Lo dudo porque, si fuera cierto, seguramente Lucas nos lo habría dicho. Y si no fuera Lucas, algún otro historiador lo habría mencionado.

No, creo que debemos aceptar que este hombre colgado junto a Jesús era solo un delincuente. Solo un ladrón. De hecho, a juzgar por la severidad de su sentencia, era lo peor de lo peor. Era un delincuente habitual, y morir en una cruz romana por robo fue realmente bastante grave. No se sabe cuántas otras atrocidades pudo haber cometido. Alguien dice: "Bueno, si era tan malo, ¿qué nos está enseñando Jesús?".

2. La inmensurable profundidad del amor de Dios

Recordemos aquella cruz en la colina que llamaban "Gólgota", o el lugar de la calavera. Era un lugar desolado, parecía una calavera. Era un lugar donde habían caído muchas calaveras. Ahora imagina que estás entre la multitud al pie de la colina, mirando hacia arriba, a las tres cruces recortadas. Te acercas un poco más para ver el rostro de aquel a quien llaman el criminal, aquel que finalmente pediría perdón.

Al mirarlo, su rostro está gris, ceniciento y cansado por no saber cuánto tiempo ha pasado en la cárcel. Tiene los ojos hundidos y la desesperación ha destruido cualquier alegría en su vida. Casi se ha dado por vencido. "Acabemos con esto de una vez", piensa, "Acabemos con esto de una vez". Así que cuelga de esa cruz, y solo quedan unos pocos granos de arena en su reloj de arena.

Pero entonces mira a este hombre crucificado a su lado. El hombre en el medio, el hombre sobre cuya cabeza está clavado un cartel que dice: *El rey de los judíos*. No sabemos si este ladrón había visto a Jesús antes, tal vez sí. Tal vez había presenciado un milagro, tal vez había visto a Jesús amar a los indignos de ser amado, tal vez había visto a nuestro Señor tratar a la escoria de la tierra como a la sal de la tierra, tal vez había escuchado una de sus enseñanzas, o tal vez todo lo que sabía de Jesús era lo que estaba viendo en ese momento: un carpintero crucificado con los pulmones jadeando y la piel desgarrada y sangrando. Pero al mirar al hombre a su lado, había algo en este hombre que cautivaba al ladrón. ¿Por qué estaba tan sereno? ¿Por qué estaba tan asombrosamente callado mientras todos los demás lo ridiculizaban? ¿Por qué no grita de dolor como todos los que están en la cruz? Entonces algo asombroso comenzó a suceder.

Este ladrón, este estafador, empezó a olvidarse de sí mismo. La intensidad de su dolor se atenuó momentáneamente, el escozor de los clavos se olvidó por un momento, y se encontró incapaz de apartar la vista de este hombre. Siente una emoción que no había sentido en "quién sabe cuándo". Se encuentra preocupado por el Mesías. Se sorprende a sí mismo preocupándose por este hombre. Un estafador insensible, hacía tanto tiempo que no le importaba nada. Se siente extraño, pero la sensación está ahí.

Hay una interrupción. Una voz como de sirena interrumpe sus pensamientos. Viene del otro bandido, el crucificado del otro lado. La voz es amarga y fea. Verán, alguien más también ha estado mirando a Jesús. Este criminal no ha estado mirando a nuestro Señor con compasión ni preocupación. Ha estado mirando a través de la lente agrietada del cinismo.

¿No es asombroso cómo dos personas pueden estar tan cerca de Jesús, tener prácticamente las mismas circunstancias y, sin embargo, tener perspectivas totalmente diferentes? ¿Alguna vez te ha sorprendido cómo una de ellas puede comprometerse totalmente con el Señor y la otra rechazarlo por completo, y aun así, sus circunstancias son prácticamente las mismas? Nunca lo he entendido del todo, pero aquí tienes un ejemplo clásico. Una se sintió obligada a pedir lo imposible por fe, y la otra solo quería sumarse a las burlas de la multitud. «Si eres el Cristo, sálvate a ti mismo. ¡Oh, ya que estás, sálvanos también a nosotros!». Fue solo otra ráfaga verbal. Luego, de nuevo, silencio.

Me pregunto si ese ladrón crítico no esperaba realmente que el otro se uniera. La miseria sí que ama la compañía. Pero en cambio, ocurre lo más asombroso. Ese otro ladrón hace justo lo contrario. No sé cuántas personas oyeron lo que le dijo a Jesús. Me refiero a los que estaban en el suelo, los soldados, María y los demás. Pero les garantizo que cualquiera que lo oyó quedó asombrado. "¿No temes a Dios?", dice el ladrón. "Ya que están bajo la misma sentencia, somos castigados con justicia. Recibimos lo que merecen nuestras obras, pero este hombre no ha hecho nada malo". Luego dice: "Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a tu reino". ¿No ves al soldado levantando la vista, a María enjugándose una lágrima y mirando fijamente el rostro de ese ladrón? Puedo ver a los ángeles en el cielo boquiabiertos. "¿Cuándo fue la última vez que este tipo habló por alguien?"

Pero aquí está, realizando quizás el acto más noble registrado en las Escrituras, cuando nadie más salía en defensa de Dios, cuando casi todos le dieron la espalda, cuando hasta los ángeles lloraban y los demonios del infierno danzaban en la luz porque creían haber matado al Hijo de Dios. Hizo falta un sinvergüenza, un sinvergüenza despreciado, para ponerse de parte de Dios y, al hacerlo, en el ocaso de su existencia, lo salvó todo.

Pedro, el que jamás lo abandonaría, no estaba por ningún lado. Pilato, el que tenía autoridad, se había lavado las manos hacía mucho tiempo. La multitud se había vuelto inconstante, los discípulos habían huido, pero un ladrón, sin siquiera saberlo, nos comparte las tres cosas que debes saber y creer en lo más profundo de tu corazón si estás listo para venir a Cristo. ¿Qué necesito saber para ser cristiano? ¿Qué necesito entender? Amigos, nunca dejan de entender, es difícil. ¿Dónde se traza ese límite?

El libro de los Hechos muestra múltiples ejemplos de quienes se acercaron a Cristo y qué necesidades básicas comprendían. Pero aquí lo resume con la mayor claridad que he visto.

1. **Llegó a la conclusión de que estaba sucio.** .Me miró y dijo: «Sabes que merezco lo que me está pasando». No solo dijo que era un pecador. Estaba diciendo: «Soy un megapecador. Merezco estar colgado en esta cruz. Merezco morir», jadeando.
2. **Llegó a la conclusión de que Jesús era absolutamente puro.** .Dijo: «Pero este hombre no ha hecho nada malo». El ladrón respondió: «Soy culpable. Dios es inocente. Estoy equivocado, Él tiene razón. Estoy perdido, pero Él es el Salvador». El ladrón dijo, refiriéndose a él y a su amigo allí, su compañero del otro lado: «Estamos aquí porque lo merecemos, pero él no».
3. **Jesús tiene el poder de incorporarnos a un reino que trasciende esta vida.** .Aquel ladrón sabía que en su reloj de arena quedaban pocos granos y sabiendo que se estaba muriendo, miró hacia el cielo y dijo: «Maestro, ¿te acordarás de mí cuando vengas en tu reino?»

Para entonces, Jesús ya había vuelto la cabeza hacia el ladrón y no puedo evitar preguntarme si, incluso en su dolor, Jesús esbozó una leve sonrisa al tomar a esta oveja perdida y solitaria, rota, magullada y sangrando, que cojeaba hacia el redil. Esa oveja miró al pastor y dijo: "¿Puedo entrar? No lo merezco, pero ¿puedo entrar? Maestro, ¿te acordarás de mí cuando vengas a tu reino?". El buen pastor miró a la oveja y le dijo: "Entra. Hoy estarás conmigo en el Paraíso". **El valor inmensurable de un ser humano, la profundidad inmensurable del amor de Dios.**

Las palabras de la canción *Bajo la cruz de Jesús* Resume esta lección: "En la cruz de Jesús, a veces veo la figura moribunda de Aquel que sufrió allí por mí; y desde mi corazón herido, con lágrimas, confieso dos maravillas: las maravillas de su glorioso amor y mi propia inutilidad", excepto que no somos indignos a los ojos del Dios salvador. Lección de la Sublime Gracia.

1252 Steve Flatt 3 de marzo de 1996

Palabras de consuelo y lealtad

Los autores de los cuatro evangelios, Mateo, Marcos, Lucas y Juan, nos dejan constancia de las palabras que Jesús pronunció mientras colgaba de la cruz: siete declaraciones en total. La tercera es quizás la escena más conmovedora y tierna de todas las que tenemos del Calvario. Es la escena en la que Jesús mira a su madre y le dice: «Mujer, ahí tienes a tu Hijo», y luego a Juan, el discípulo amado: «Ahí tienes a tu madre». Esta es una escena hermosa y conmovedora de consuelo y lealtad.

Cuando los soldados crucificaron a Jesús, tomaron sus ropas y las dividieron en cuatro partes, una para cada uno, dejando solo la ropa interior. Esta prenda no tenía costuras, estaba tejida de una sola pieza de arriba abajo. «No la rompamos», se dijeron unos a otros. «Echemos suertes a quién le toca». Esto sucedió para que se cumpliera la Escritura que dice: «Se repartieron mis vestidos y echaron suertes sobre mi ropa». Así lo hicieron los soldados. Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la mujer de Cleofás, y María Magdalena. Al ver Jesús a su madre allí, y al discípulo a quien amaba, de pie cerca, le dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo», y al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Desde entonces, el discípulo la recibió en su casa. (Juan 19:23-27)

Cuatro soldados crucificaron a Jesús y dividieron su ropa en cuatro partes. Para comprender mejor el patrón de lo que sucede, retrocedamos un poco en la historia y observemos algunas costumbres judías y romanas relacionadas con la crucifixión.

Un hombre judío solía usar cinco prendas. Primero, un tocado, quizás un turbante o algún tipo de tela. Seguramente habrás visto imágenes en televisión del tipo de tocado que usa la gente del Lejano Oriente y Oriente Medio para mantener el cabello apartado y en su lugar. Era un tocado tradicional que se ha usado durante siglos.

Pero el varón judío usaba algún tipo de calzado, generalmente una sandalia de cuero. Una tercera prenda era una túnica larga, generalmente con una abertura en la parte superior, a veces completamente abierta o con aberturas laterales. Caía hasta los tobillos y era una prenda holgada.

La cuarta prenda era su faja o cinturón, como lo llamaríamos hoy. Era otra pieza de tela, o a veces un trozo de cuero, que se usaba para atar alrededor de la cintura. Esto impedía que la larga y suelta prenda exterior se volara, y a la vez le permitía estar suelta. Por último, un hombre judío usaba ropa interior. En el caso de Jesús, era una prenda sin costuras, hecha de una sola pieza de tela tejida de arriba abajo.

Tradicionalmente, esa prenda interior la confeccionaba una madre y se la daba a su hijo al llegar a la madurez, al llegar a la edad adulta. Es muy probable que eso fuera precisamente lo que María hizo por Jesús. Ahora recuérdelo, porque lo veremos enseguida.

Los romanos también tenían ciertas costumbres con respecto a la crucifixión. Había cinco soldados romanos siempre asignados a la tarea de la crucifixión. Cuatro de ellos eran responsables de clavar los clavos y colocar la cruz en su lugar. Pero una vez que la cruz estaba en posición vertical, formaban una especie de puesto de guardia de cuatro esquinas. Si había alguna amenaza, ellos eran los que protegían a la víctima mientras estaba en la cruz para morir dolorosamente.

El soldado responsable de los otros cuatro era el centurión. Supervisaba la crucifixión. Uno de los beneficios que recibieron los cuatro soldados fue que podían repartirse la ropa que la víctima llevara puesta ese día. Eso fue lo que hicieron con la ropa de Jesús mientras colgaba desnudo y humillado. Se la jugaban.

El problema era que Jesús probablemente tenía cinco prendas de vestir, pero solo cuatro soldados. Al parecer, el centurión no intervino en esta actividad. Por lo tanto, uno tomó el tocado, otro sus sandalias, otro su manto exterior y otro su cinturón. Pero ¿quién se quedaría con la quinta prenda, la ropa interior? ¿Cómo lo decidieron? Juan nos dice que para decidir cuál de los cuatro se quedaría con la ropa interior, lo hicieron echando suertes o echando suertes. Podríamos decir que estaban echando dados para ver quién de ellos se quedaría con la ropa interior. Sin duda, no lo sabían, pero Juan nos dice que en realidad estaban cumpliendo una profecía de David registrada en el Salmo 22:18.

Entonces, con ese tipo de antecedentes en mente, conociendo las costumbres de cómo se vestían los hombres judíos y sabiendo algo de las costumbres de los soldados romanos cuando crucificaban a sus víctimas, volvamos ahora a la escena y veamos si tiene un poco más de sentido.

Había otras personas presentes en la crucifixión, además de los soldados que lo crucificaron y la multitud que lo insultaba a gritos. Al menos uno de sus discípulos que lo había abandonado regresó. Juan estaba con María y al menos otras tres mujeres. Debió de ser peligroso que esas cuatro mujeres estuvieran allí junto a la cruz con Jesús. Después de todo, que un hombre fuera considerado un criminal tan grande que el gobierno romano lo considerara digno de ser crucificado lo convierte en el tipo de persona con la que probablemente no querrías estar por miedo a que te pasara algo. Después de todo, ¿no fue esa la razón por la que todos los demás discípulos huyeron? Incluso después de que Jesús resucitó y ascendió al cielo, los apóstoles se reunieron en el Templo Superior.

¿Habitación en Jerusalén con miedo incluso de salir por temor a que probablemente les pueda pasar lo mismo?

Sin embargo, estas mujeres estaban allí por su amor y devoción a Jesucristo, sin importarles mucho el peligro potencial. ¿Quiénes eran las otras tres mujeres? Una de ellas era María, esposa de Cleofás. No tenemos idea de quién era, salvo que era la esposa de Cleofás. No tenemos más información sobre ella, pero amaba a Jesús.

Otra mujer era, según Mateo, la madre de los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan; según Marcos, Salomé, y según Juan, la hermana de la madre de Jesús. Por lo tanto, Santiago y Juan eran primos hermanos de Jesús. ¿Recuerdan algo de Salomé, algo que ella había hecho anteriormente en el ministerio de Jesús? Ella fue quien se acercó a Jesús y le dijo: «Señor, cuando establezcas tu reino, quiero que des tronos, uno a tu derecha y otro a tu izquierda, a mis hijos, Santiago y Juan». La respuesta de Jesús fue una reprimenda amorosa, ya que ese tipo de ambición egocéntrica no era como debía ser el reino. De hecho, Salomé no tenía ni idea de los problemas que vendrían ni del precio que sus discípulos pagarían más adelante.

La tercera mujer es identificada como María Magdalena, la mujer de quien Jesús expulsó los malos espíritus. Estaba tan agradecida por lo que Jesús había hecho que jamás lo olvidaría. No le importaba el peligro en la cruz. Amaba a su Señor y jamás perdería su gratitud por lo que Jesús había hecho por ella. Por eso, ella está allí, al pie de la cruz.

Pero luego hay otra mujer nombrada, de hecho, se la nombra primero, aunque hablamos de ella al final. Era su madre, Mary. Aunque Mary había estado allí todo el tiempo, ella...**es** Se nos presenta junto con la prenda interior que leímos hace un momento. Revisen el texto nuevamente y verán que, después de mencionar la prenda interior, es en ese momento, cuando se juega su prenda interior, que Jesús le habla a su madre. Al parecer, cuando los soldados tocaron esa prenda, tocaron algo muy querido para él y para su madre, pues es muy probable que ella la hubiera hecho para Jesús. No es de extrañar, entonces, que mientras jugaban por ella, él se dirigiera a su amada madre.

Quizás María no pudo comprender todo lo que estaba sucediendo en ese momento. Lo dudo. Pero sí pudo amarlo; después de todo, era su hijo, su primogénito. ¿Hay algo como el amor de una madre en el mundo? No lo creo. ¿Te imaginas lo que María debió sentir?

¿Qué había estado experimentando al pie de la cruz, viendo a su hijo, su primogénito, colgado, moribundo, sangrando, sufriendo, luchando por respirar? Él era el concebido por el Espíritu Santo, a quien el ángel dijo que se llamaría Hijo de Dios. Uno pensaría que nadie querría presenciar eso, pero esa era su madre y ese era su hijo. Tenía que estar allí; era lo más natural del mundo que estuviera allí, por muy doloroso que fuera. Jesús podía ser un criminal ante la ley, pero seguía siendo su hijo.

Piensa en todo lo que María había visto, oído y experimentado hasta entonces. Cuando Jesús tenía solo ocho días, ¿recuerdas que ella y José llevaron al Niño Jesús al templo? Iban a dedicarlo, y era hora de circuncidarlo. Lo llevaron al templo donde estaba Simeón, un anciano sabio y piadoso a quien el Espíritu Santo le había hecho una promesa: «Simeón, no morirás hasta que veas al Mesías». Al ver a Jesús, Simeón comprendió que la promesa se había cumplido. Era el Hijo de Dios. «Entonces Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: “Este niño está destinado a ser causa de caída y de levantamiento para muchos en Israel, y a ser señal de contradicción, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones. Y a ti también una espada te traspasará el alma”» (Lucas 2:34-35).

¿Crees que María tenía idea de lo que Simeón le decía cuando Jesús tenía ocho días, cuando le dijo: «Y a ti también una espada te traspasará el alma»? Lo dudo mucho. Pero vivió para ver sus peores temores hacerse realidad. Vivió para ver a su hijo, que vino a dar su vida por todos, ser atravesado por una espada en el costado. María vivió para ver el día en que le clavarón clavos en las manos. Vivió para ver el día en que le pusieron la corona de espinas sobre la frente. Vivió para ver el día en que exhaló su último aliento. Le costó mucho a María someterse a la voluntad de Dios, ¿no? Piensa en todos los diversos incidentes que debieron de pasar por su mente mientras estaba al pie de la cruz viendo morir a Jesús. Ahora había llegado el momento en que el plan final de Dios se estaba cumpliendo para su hijo primogénito. Jesús sería un mártir y moriría por los pecados del mundo entero.

Observen algo más sobre María. Sería fácil pasarlo por alto. Dice que María estaba allí de pie. Se mantuvo de pie. No se desmayó, no se cayó. Exteriormente, seguía siendo la misma mujer serena que había recibido la salutación del ángel unas tres décadas antes. Le dijo al ángel: «He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra». María seguía mostrando la misma fortaleza. Así que, en ese día, se hizo presente en el gran sufrimiento de su hijo y bebió la copa hasta el fondo.

Debió ser un shock para todos aquellos que oyeron a Jesús gritar: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Qué doloroso impacto debió ser; pero no destruyó el corazón de nadie más que el de María. Ella permaneció allí, escuchando aquello. Nunca el dolor se ha presentado de una forma tan conmovedora como la que vemos en la vida de María. Pero incluso en medio de toda su amarga angustia, ¿de quién se preocupa? Se preocupa por su madre, ¿no? Al verla de pie con Juan a su lado, le dijo a su madre: «Querida mujer», como dice la versión King James, «He aquí a tu hijo, aquí está tu hijo». Seguramente esa era la manera en que Jesús les decía a ella y a Juan: que Juan ahora iba a hacerse responsable de María. La vida terrenal de Jesús estaba a punto de terminar y alguien necesitaba cuidarla. Aunque era fuerte, iba a necesitar apoyo. Juan era en quien Jesús confiaba para que se lo brindara.

Quizás parezca un poco extraño, pero no había nadie de su familia inmediata que pudiera ayudarla. ¿Por qué Jesús tuvo que darle esa responsabilidad a Juan? Al parecer, José, su esposo, había fallecido. No lo sabemos con certeza, pero no se menciona el nombre de José después de que Jesús cumpliera 12 años. Así que María probablemente era viuda. Jesús no pudo llamar a ninguno de sus hermanos para que cuidara de su madre porque, aunque ella creía en él, Juan nos dice que ninguno de sus hermanos creía aún que él era el Cristo. Al parecer, ninguno de ellos estaba allí; hacía tiempo que se habían ido. Puede que ni siquiera hubieran estado allí. Así que mira a Juan, su querido amigo, y le dice: «Juan, cuida de esta mujer; es tu madre».

La Biblia nos dice que todos los discípulos abandonaron a Jesús. Pero Juan estaba en la cruz, de pie al pie de ella. ¿Quién sabe dónde estaban los otros once o los otros diez? Judas se había suicidado, los otros diez estaban escondidos en algún lugar, pero Juan estaba allí, fiel a Jesús. Jesús sabía que podía confiar en Juan. Así que, de pie junto a María, la madre de Jesús, Juan le dice: «Juan, sé que puedo confiar en ti. Eres leal a mí y serás tan leal a mi madre como lo has sido a mí. Quiero que la cuides». ¡Qué gran cumplido para Juan! Significaba más que simplemente darle un techo; significaba hacerse responsable de ella. La última vez que se menciona a María en el Nuevo Testamento es en el libro de los Hechos, cuando está en presencia de otros discípulos que esperan el don del Espíritu Santo, pero la Biblia nos dice que está allí con Juan. Así que Juan está cumpliendo con la confianza que Jesús depositó en él.

Es una historia poderosa; es solo una parte de la historia, es solo una de las siete afirmaciones. Hay muchísima riqueza en esta escena de la muerte de Jesucristo. Pero intentemos hacer tres breves aplicaciones de esto:

1. La gracia se extiende a aquellos que fallan .Si hay algo en la vida de Juan que le hubiera gustado volver atrás y poder deshacer y borrar, habría sido el momento en que él también, como todos los demás, abandonó a Jesús, pero no pudo borrar eso.

¿No te alegra que cuando Juan cometió ese error, el Señor no le dijera: «Bueno, Juan, tuviste tu oportunidad, pero te equivocaste, siéntate. Estás fuera»? Su gracia fue más que suficiente para Juan, quien lo aceptó de nuevo e incluso le dio la bendita responsabilidad de cuidar a su madre. Amigos, cuando fracasen —no si fracasan, sino cuando fracasen, y todos lo haremos—, regresen a Jesús como lo hizo Juan, porque nuestro Señor es un Señor misericordioso que nos aceptará y nos restaurará.

2. El agua es más espesa que la sangre. .Todos hemos escuchado esa vieja expresión: "La sangre es más espesa que el agua". En Jesús, "el agua es más espesa que la sangre". La referencia que intento hacer es que a través de las aguas del bautismo entramos en contacto con la sangre de Jesucristo. Cuando confesamos nuestros pecados, expresamos nuestra fe en Jesucristo y somos sepultados en el bautismo para el perdón de nuestros pecados, resucitamos, de esa agua nace una nueva vida, una nueva creación. Nos convertimos en cristianos. Nos convertimos en hermanos y hermanas los unos de los otros y del Señor Jesucristo. Se forma una nueva relación al nacer en el agua, una relación mucho más preciosa y poderosa que incluso nuestra propia relación de sangre. Quienes hemos sido lavados en la sangre de Jesucristo en las aguas del bautismo sabemos que, a menudo, el agua es más espesa que la sangre.

3. Nunca vayamos más allá del llamado a honrar a nuestros padres. .Pablo escribió: «Hijos, obedezcan a sus padres en el nombre del Señor, porque esto es justo: Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa, para que te vaya bien y disfrutes de una larga vida sobre la tierra» (Efesios 6:1-3). Jesús, incluso en sus últimos momentos, rindió honor y homenaje a su querida madre. Sin importar las circunstancias para nosotros o para nuestros padres, nunca envejecemos demasiado, nunca nos volvemos demasiado sofisticados ni nos apartamos del llamado a honrar a nuestro padre y a nuestra madre. Jesús, incluso en sus últimos momentos, demuestra esa misma verdad. Sublime Gracia, Lección n.º 1253, Steve Flatt, 10 de marzo de 1996.

La hora más oscura

Toda mi vida he escuchado que la muerte de Cristo fue el punto central de toda la historia. Las Escrituras lo confirman, ¿no es así? Pablo dice: «Lejos esté de mí gloriarme en otra cosa que no sea la cruz de mi Señor».

Jesucristo" (Gálatas 6:14) y "Porque la palabra de la cruz es locura para los que se pierden, pero para los que se salvan, es poder mismo de Dios." (1 Corintios 1:18)

Cantamos muchas canciones hermosas sobre la cruz.

Y amo esa vieja cruz donde fue asesinado el más querido y
mejor por un mundo de pecadores perdidos

Así que apreciaré la vieja y robusta cruz

Hasta que por fin deje mis trofeos, me
aferraré a la vieja y áspera cruz, y algún
día la cambiaré por una corona.

Otra canción dice: «Nada traigo en mis manos, simplemente a tu cruz me aferro». Esa vieja y tosca cruz fue erigida en una colina llamada «Calvario», un lugar tan conocido por su hedor a muerte que tenía otro nombre. Lo llamaban Gólgota, el lugar de la calavera.

Tras un juicio simulado, ante el sumo sacerdote judío, Jesús fue llevado injustamente ante un cobarde gobernador romano llamado Poncio Pilato. Con miedo y temblor, abdicó de su responsabilidad y entregó al hombre para que fuera crucificado, mientras se lavaba las manos ceremonialmente. Golpeado y azotado, Jesús subió penosamente la colina con una túnica púrpura burlona y una corona de espinas. Fue a las 9:00 a. m. de un viernes cuando lo clavarón en la cruz. Durante tres horas escuchó las burlas y los abucheos de la multitud. "¡Rey de los judíos, ja! Salvó a otros, no puede salvarse a sí mismo. Si eres hijo de Dios, baja de esa cruz".

Al mediodía, algo extraño comenzó a suceder. Una oscuridad inquietante que rápidamente se convirtió en una neblina total se extendió por el cielo. Fue como si alguien hubiera cerrado la puerta, apagado las luces y dicho: «Están perdiendo la luz del mundo». La oscuridad se intensificó durante tres horas y un silencio aterrador invadió toda la colina. «A la hora sexta» (es decir, al mediodía), «hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena» (es decir, las 3:00 p. m.). «Y a la hora novena, Jesús clamó a gran voz: «Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?», que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»» (Marcos 15:33).

Me parece interesante que la palabra "gritó" en griego se pueda traducir como "rugido". Era la misma palabra que se usaba para el rugido de un león. Rugió desde la cruz: "¡Eloi, Eloi...". Muchos no entendieron lo que decía. El siguiente versículo decía: "¿Por qué llama a Elías?". No, no lo entendió.

Di: Elí, Elí, dijo: "Eloi, Eloi" (Dios mío, Dios mío), "lama sabactani" (¿por qué me has abandonado?)

De las siete declaraciones que Jesús hizo en la cruz, esta es la más crucial. Casi esperaríamos que dijera lo demás, ¿no? Pero si conociéramos la vida de Jesús, casi esperaríamos que dijera: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». No nos sorprende que mirara a un cayado crucificado y dijera: «Hoy, por tu fe, estarás conmigo en el paraíso». Y ciertamente no nos sorprende que mirara a su madre, le hiciera una seña a Juan y dijera: «Ahí tienes a tu hijo, e hijo, ahí tienes a tu madre». Todas esas cosas saldrían de los labios de Jesús con naturalidad.

Pero esto era diferente. Colgado allí, mirando a sus albaceas. Claro, era magnánimo, claro que era compasivo. Era un grito, un grito desesperado. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Al pie de la cruz no lo entendieron, y mucha gente sigue sin entenderlo hoy. ¿Qué estaba diciendo?

1. Un grito de tristeza ¿Sabes qué representó esa oscuridad que se extendió por la tierra durante tres horas? En las Escrituras, la oscuridad siempre simboliza el mal. «La luz vino al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas» (Juan 3:19). El reino de Satanás se llama reino de tinieblas (Colosenses 1:13). En contraste, en docenas de escrituras, la luz se refleja con la presencia y la gloria de Dios. La ausencia de luz en ese día significa la ausencia de Dios. Cuando Dios, el Padre, le dio la espalda, fue como si estuviera atrayendo la atención del mundo hacia algo que él mismo no soportaba ver.

Ya saben que nos centramos en el clamor de Jesús, pero a menudo me he preguntado qué sentía el padre mientras la oscuridad se extendía y el clamor se elevaba, y oía las palabras: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Fue un clamor terrible y triste.

2. Un grito de separación Vayamos directo al grano. ¿Qué quiso decir Jesús? «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Eso está registrado en el Salmo 22:1. Algunos eruditos han dicho: «Oh, Dios estaba allí; Jesús simplemente estaba cumpliendo la profecía citando las Escrituras». No, es mucho más que eso.

Es interesante que el verbo usado allí sea exactamente el mismo que Pablo usó en 2 Timoteo 4:10 cuando escribía sobre un antiguo camarada llamado Demas. «Demas me ha abandonado, habiendo amado demasiado este mundo». La palabra significa «abandonar». Significa irse, huir de. Jesús clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué has huido de mí? ¿Por qué me has dejado aquí? Por primera vez en toda la eternidad, lo más inimaginable que...

Posiblemente podrías comprender que ha ocurrido. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, la única Deidad eterna, fue dividida. La Deidad está desunida porque Jesús fue separado del Padre. Nunca había sucedido antes y nunca volverá a suceder.

¿Por qué abandonaría Dios a Jesús en cualquier momento, y mucho menos ahora mismo? ¿Qué hizo mal Jesús? La respuesta es: nada. Absolutamente nada. Verán, no es lo que hizo lo que estuvo mal. Fue lo que estuvo dispuesto a hacer por nuestros errores. Uno de los grandes versículos de las Escrituras que explica este clamor es: «Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que muramos a los pecados y vivamos a la justicia; por sus heridas ustedes han sido sanados». Vean dónde dice la primera parte del versículo: «Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero» (1 Pedro 2:24). Verán, es como si todos los pecados de la humanidad se hubieran reunido en un enorme, apestoso y sucio montón de aguas residuales, arrojado sobre Jesucristo mientras colgaba de esa cruz. De una manera que ni siquiera podemos fingir comprender, todos los pecados del mundo fueron puestos en la cruz de Jesús. «Al que no conoció pecado, Dios lo hizo pecado» (2 Corintios 5:21).

"La paga del pecado es muerte." (Romanos 6:23). La palabra "muerte" en griego no significa terminación, sino separación. Por eso la usamos en diversos contextos. Cuando uno muere físicamente, no solo termina ni deja de existir, pues su espíritu se separa de su morada terrenal. Eso es todo lo que significa la muerte: una separación. La muerte de la que habla Romanos 6:23 como compensación por nuestros pecados no es una muerte física, ni la separación del alma del cuerpo; es una separación de Dios. Eso es aterrador, es eterno.

¿Recuerdan la parábola del hijo pródigo? Cuando ese hijo pródigo estaba sumido en su pecado, ¿dónde estaba? Estaba separado de su padre, ¿no? Estaba lejos, en una tierra extranjera, sumido en su pecado. Cuando el muchacho regresó a casa, el padre se volvió hacia el otro hijo y le dijo: «Tu hermano estaba muerto, pero ha vuelto a la vida». ¿Qué quiere decir con que estaba muerto? No estaba muerto. Sí, lo estaba. Estaba separado del amor de su padre, y ese padre debió preguntarse a veces si alguna vez volvería a casa. El Hijo de Dios, a quien llamamos Jesús, fue separado de su Padre no por su propio pecado, pues no tenía ninguno, sino porque cargó con todos los nuestros.

El mejor comentario y la mejor imagen de la cruz, y en particular este clamor: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", Levítico 16. Dado que el Antiguo Testamento es un guía para comprender el Nuevo Testamento, Levítico 16 debería ayudarnos a comprender este clamor desde la cruz. Los israelitas realizaban tres sacrificios con dos machos cabríos y un toro. Primero, se ofrecía el toro por los pecados de Aarón para que intercediera por el pueblo. Luego, se ofrecía un macho cabrío sacrificado por los pecados del pueblo. Un segundo macho cabrío, el tercer animal, era llevado ante el...

Pueblo. "Cuando Aarón haya terminado de hacer expiación por el Lugar Santísimo, la Tienda de Reunión y el altar, presentará el macho cabrío vivo. Pondrá ambas manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo y confesará sobre él toda la maldad y rebelión de los israelitas —todos sus pecados—, y los pondrá sobre la cabeza del macho cabrío. Enviará el macho cabrío al desierto al cuidado de un hombre designado para ello. El macho cabrío llevará sobre sí todos sus pecados a un lugar solitario; y el hombre lo soltará en el desierto." (Levítico 16:20-22)

¿Se hacen una idea? Se traía un chivo, y Aarón ponía sus manos sobre su cabeza. Decía: «Todos nuestros pecados los ponemos sobre la cabeza de este chivo». Toda la lujuria, todos los adulterios, todas las mentiras, todos los robos, todos los chismes, todo el odio y cualquier otro pecado se colocaba simbólicamente sobre el chivo. Un hombre lo guiaba hasta que se adentraba tanto en el desierto que jamás podría regresar al campamento. Ese hombre tomaba su zapato o sandalia, pateaba al chivo y decía: «Sal de aquí, vete, desaparece». ¿Se dan cuenta de que la palabra «chivo expiatorio» proviene de ese mismo pasaje? ¿Echarle toda la culpa, todos los pecados, a un tercero? Sin duda, parece una tradición absurda. ¿Por qué lo hacen? Durante 1500 años, los israelitas obedecieron ese mandato. Enviaron a ese chivo expiatorio al desierto, lo que simbolizaba la desaparición del pecado.

Durante seis largas horas, Jesús estuvo colgado en una cruz, y debieron parecerle seis milenios. Como la cabra abandonada en el desierto, él quedó solo. Gritó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

3.Un grito de sustitución. Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que muramos a los pecados y vivamos para la justicia; por sus heridas fuisteis sanados. (1 Pedro 2:24). "Por sus heridas fuisteis sanados." "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que en él fuéramos hechos justicia de Dios." (2 Corintios 5:21). ¿Ves la sustitución?

Es increíble. De alguna manera, Dios tomó a quienes eran inmaculados, santos, inmaculados y puros, y los convirtió en inmundos como aguas residuales. De alguna manera, cuando me acerco a Cristo con humildad, obediencia y fe, Dios me transfiere la belleza, la pureza y la gracia de Jesucristo. Ese es el pensamiento más poderoso, increíble e incomprensible que un ser humano puede soportar: la justicia de Jesús transferida al hombre pecador. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Podría considerarse un grito de sustitución.

Si Jesús no hubiera intercedido, si todo hubiera seguido su curso natural, ese es el grito que tú y yo estaríamos ofreciendo en nuestra muerte y en los acontecimientos del Juicio.

Dios, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Pero Jesús dijo esas palabras para que yo no tuviera que hacerlo, para que tú no tuvieras que hacerlo.

Probablemente hayas escuchado la historia antes o tal vez incluso hayas visto al hombre en el... *Programa de hoy* Hace unos ocho años. Pero probablemente para mí fue la mejor ilustración de esta idea del grito de sustitución. Una mañana temprano, vi por casualidad a un hombre llamado Francesca Geraszchnevik entrevistado temprano en la mañana en el... *Programa de hoy*. Lo entrevistaron porque era un sobreviviente de Auschwitz, el terrible campo de concentración que se encontraba en pleno Holocausto. Pero Geraszchnevik tenía una historia particularmente interesante: contó sobre una fuga en Auschwitz en julio de 1941. Y siempre que ocurría, el comandante del campo de concentración siempre hacía lo mismo. Para desalentar futuras fugas, reunía a todos los reclusos y prisioneros en el patio y sacaban al azar diez nombres. A esos diez los metían en una fosa abierta, que se tapaba. Allí los dejaban hasta que morían de hambre o se deshidrataban. Y todos los veían morir a diario. Empezaron a llamar a los diez nombres, y el décimo fue Francesca Geraszchnevik. Geraszchnevik dijo: «Caí de rodillas y empecé a llorar desconsoladamente. Supliqué». Dijo: «Tengo esposa, tengo hijos, por favor, por favor, no me hagan esto». Y de repente, de la nada, apareció un hombre llamado Maximilian Cole. Cole ni siquiera era judío. Estuvo en ese campo de concentración como simpatizante. Cole había llegado en febrero del 41, esto era julio, y ya se había ganado el apodo de «El Ángel de Auschwitz», porque compartía su comida, cuidaba a los enfermos y trataba de animar a los oprimidos. Habló y dijo: «Comandante, ¿puedo decir unas palabras?». Fue sorprendente que no le dispararan en el acto. Pero por razones que nunca sabremos, el comandante se volvió hacia Cole y le dijo: «Sí, puede». Él dijo: «¿Puedo ocupar su lugar? Soy mayor; no me va a sacar tanto trabajo». Bueno, la mentalidad nazi lo captó y lo permitió. Y Maximilian Cole fue arrojado a esa fosa con los otros nueve. Seis semanas después, el 14 de agosto, era el único que quedaba con vida. En lugar de dejarlo morir de hambre, le inyectaron fenol y falleció.

No sé si Geraszchnevik sigue vivo, pero lo estuvo hace ocho años. Y cuando lo entrevistaron, comentó: «No tuve oportunidad de decirle una palabra, pero lo miré a los ojos mientras se lo llevaban. Y él sabía lo agradecido que estoy». Cada 14 de agosto, Geraszchnevik regresa a Auschwitz como memorial. Y en su patio trasero hay una placa de metal que él mismo hizo, y todos los días expresa su gratitud a un hombre llamado Maximilian Cole.

Tenemos muy poco en común con Francesca Geraszchnevik. No hablamos el mismo idioma, no conocemos a la misma gente. Ni siquiera compartimos la misma patria. Pero tenemos un par de cosas muy en común con él. Alguien murió para salvarnos la vida y nosotros...

Ambos vivimos el resto de nuestras vidas en absoluta gratitud. Eso es lo que todos los cristianos tenemos en común con Geraszchnevik, aunque el de Geraszchnevik es físico y el nuestro, espiritual.

Se burlaron mucho de Jesús y lo insultaron. Había una de ellas que tenía razón. Sí, había una que tenía razón. Decían: «A otros salvó, pero a sí mismo no puede salvarse». Era cierto. Ah, sí, pudo haberse salvado a sí mismo (Mateo 26:53). Durante varias horas le dijo a Pedro: «¿No sabes que puedo hacer descender doce legiones de ángeles?». Pudo haberse salvado a sí mismo, pero no pudo hacer que esa afirmación fuera cierta. Salvó a otros, pero no pudo salvarse a sí mismo. Si iba a salvar a otros, no podía salvarse a sí mismo. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», fue el grito de la sustitución. Sublime Gracia, Lección n.º 1254, Steve Flatt, 17 de marzo de 1996.

Las palabras de la humanidad

Más tarde, sabiendo que ya todo estaba cumplido, y para que se cumpliera la Escritura, Jesús dijo: «Tengo sed». Había allí una jarra de vinagre, así que mojaron una esponja en él, la pusieron en una caña de hisopo y se la acercaron a los labios de Jesús. (Juan 19:28)

A primera vista, esa afirmación no nos dice nada. Es exactamente lo que se esperaría de un moribundo, seco y deshidratado tras seis horas en una cruz. «Tengo sed». Claro, eso es lo que iba a decir. Pero creo que dice mucho más. Me atrevería a sugerir que esta era una afirmación de plenitud.

Quizás recuerdes que se mencionaron dos bebidas en la cruz. Es útil saber cuál es cuál. En Mateo 27:34, mientras Jesús era crucificado, la Biblia nos dice que le ofrecieron una bebida llamada "vino mezclado con hiel". La hiel era un narcótico, un agente adormecedor. Incluso los crueles romanos tenían un toque de misericordia. Antes de crucificar a un hombre, le daban algo para distraerlo y permitirle soportar el dolor. Cuando a Jesús se le ofreció eso, lo rechazó. Dijo: "No".

"¿Por qué lo rechazaría?" Una razón es que, sin duda, Jesús no elegiría escapatorias ni atajos. Estaba decidido a soportar todo el peso y la ira de la cruz. Jesús quería tener plenas facultades mentales mientras estuviera allí para poder resumir toda su vida y ministerio en estas siete declaraciones hechas desde la cruz.

Pero seis horas después nos ofrecen otra bebida. Nos la identifican como vino mezclado con vinagre. Era diferente. Era un vino barato, apenas fermentado, si es que fermentaba; era vino mezclado con

Vinagre. Los eruditos suelen decir: «Una parte de vino, dos partes de vinagre». No tenía hiel, no tenía efecto adormecedor. En todo caso, estimularía sus sentidos. Y Jesús dijo: «Tengo sed», y se lo dieron.

Entonces, ¿por qué bebió el segundo trago?" Vea el versículo 28. "Después, sabiendo que ya todo estaba cumplido y para que se cumpliera la Escritura Jesús dijo: "Tengo sed". Amigos, hay otra evidencia de que Dios estaba colgado en la cruz. Estoy convencido de que solo Dios podía saber lo que Jesús sabía en ese momento. Después de seis horas de un dolor insoportable y abrumador, y momentos antes de morir, ese hombre colgado en la cruz reflexionó sobre las más de 700 profecías sobre su vida para ver si se habían cumplido. Las siguientes son profecías sobre la muerte de Jesús.

La traición de un amigo cercano. (Salmo 41:9)

El abandono de los discípulos. (Salmo 31:11)

Las falsas acusaciones. (Salmo 35:11)

El silencio ante sus jueces (Isaías 53:7)

Ser hallado inocente (Isaías 53:9)

Su conteo con los transgresores. (Isaías 53:12)

Ser crucificado. (Salmo 22:16)

La burla de los espectadores. (Salmo 109:25)

La burla de la no liberación. (Salmo 22:7,8)

La apuesta por sus propias vestiduras. (Salmo 22:18)

La oración por sus enemigos. (Isaías 53:12)

Ser abandonado por Dios. (Salmo 22:1)

La entrega de su espíritu en las manos del Padre. (Salmo 31:5)

Los huesos no se quebrarán. (Salmo 34:20)

El entierro en la tumba de un hombre rico. (Isaías 53:9)

Me dieron vinagre para mi sed (Salmo 69:21)

¿Sabías que había tantas profecías sobre la muerte? ¿Era este hombre solo un hombre? Mientras reflexionaba sobre todas ellas, le vino a la mente una que aún no se había cumplido, una última.

Profecía. El Salmo 69:20 profetizó que se ofrecería vinagre y que este sería consumido, y Jesús, sabiendo que lo haría y que debía cumplir toda profecía, dijo algo para provocar ese cumplimiento. Dijo: «Tengo sed». Le dieron el vinagre. Fue una declaración de consumación. Pero aún más importante, fue una declaración de encarnación.

Pudo haber dos razones por las que Jesús hizo esta declaración desde la cruz. Una, para completar la profecía; y la segunda, porque el hombre tenía sed. La primera razón nos muestra que era Dios, mientras que la segunda, que era hombre. Juntas, validan una vez más la mayor afirmación de toda la historia: la de la encarnación. Encarnación simplemente significa que este hombre, Jesús, era Dios encarnado. Hay afirmaciones al respecto a lo largo de toda la Biblia. Juan comenzó su evangelio con: «En el principio era el Verbo» (una metáfora de Jesús). «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios» (Juan 1:1). Y luego, 14 versículos después, dijo: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros».

Colosenses 2:9 dice: "Porque en Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad". O, en 1 Timoteo 3:16, Pablo le dice a Timoteo: "Apareció en un cuerpo y fue vindicado por el Espíritu", y la lista sigue y sigue. No puedo enfatizar esto lo suficiente. La afirmación de la encarnación es la división continental de la fe; fluye en una u otra dirección. Verán, el mundo ama a Jesús. El noventa por ciento de Estados Unidos incluso se declara cristiano; todos aprecian a Jesús porque era cariñoso, amable, cálido y cariñoso, y el mundo está ansioso por hablar de él como un buen maestro, un gran filósofo y un hombre amable. Pero a menos que lo aceptes como Dios encarnado, la Biblia no tiene sentido. Es la afirmación crucial de toda la humanidad. Si crees que él es Dios encarnado, todo lo demás encaja. ¿Caminó sobre el agua? Claro, quien creó el agua también puede caminar sobre ella, ¿no? ¿Que resucitó de la tumba? Aquel que cambió la vida, ¿sorprende que la muerte no pudiera retenerlo? El hecho de que pudiera decir: «Tus pecados te son perdonados», colgado en la cruz. Si él es Dios en esa cruz, no sorprende que su muerte tuviera un significado salvador.

La decisión crucial de nuestra vida es: ¿Era este hombre realmente Dios? ¿O era Dios realmente este hombre? Eso es todo. Y la afirmación: «Tengo sed» dice: «Sí». Sí, la tenía. Era Dios encarnado.

Quiero sugerirles que hay una manera muy práctica y cotidiana en la que la encarnación de Jesús, Dios hecho carne, significa todo para nosotros. El Dios que puso las estrellas en el cielo, que creó el mundo con su palabra y que les dio vida en el vientre de su madre, ese Dios vino, vivió y murió en una cruz para poder sentir lo que ustedes sienten, sudar como ustedes sudan, doler como ustedes duelen y llorar como ustedes lloran. La triste realidad es que la mayoría de la gente reconoce a Jesús, incluso hablo de los cristianos de ahora, pero tienen muy poca comprensión de cómo él realmente quiere impactar su vida diaria.

La mayoría de la gente ve a Jesús como un hombre que vino a establecer una religión, el cristianismo, una institución, la iglesia, un código de conducta, la Biblia, y creen que eso es todo. ¡No! Jesús no vino a esta tierra ni a colgarse de esa cruz para establecer una religión. Vino a restablecer relaciones.

Quizás hayas oído eso antes, pero aún no lo entiendes. Crees que Jesús vino en carne, estuvo aquí, hizo eso, regresó al cielo y lo que hizo fue importante; caso cerrado. ¿Cómo puedes tener una relación con alguien que no está aquí? No puedes verlo, tocarlo, sentirlo ni oírlo. Somos como la niña de seis años que tuvo una pesadilla. Su madre entró en su habitación mientras lloraba, tratando de animarla y fomentar su independencia. La acarició y le dijo: "Cariño, vuelve a la cama, Jesús está contigo". La niña miró hacia atrás y dijo: "Bien, quédate aquí con Jesús, yo voy con papá".

Ahora nos reímos de eso, pero así es como la mayoría de la gente que conozco piensa en Jesús. Muchos creen que Jesús está cerca, pero necesitamos algo de carne y hueso con quien acurrucarnos. Necesitamos a alguien a quien podamos contactar, alguien que nos toque, alguien que realmente nos comprenda. Si hay un pasaje que responde a la pregunta: ¿Le importa a Jesús? ¿Puede tocarnos? ¿Podemos tocarlo? ¿Puede realmente satisfacer mis necesidades hoy? Es la Escritura que estamos estudiando ahora. Jesús dijo: «Tengo sed».

Una de las cosas más fascinantes de toda la Biblia es que, cuando Jesús estaba a punto de comenzar su ministerio, se fue al desierto sin comer durante 40 días. La Biblia tiene una de las frases más sutiles de toda la Escritura: "Y tuvo hambre". Cuarenta días sin comer y tuvo hambre. Ahora, en los últimos minutos de su vida, mientras colgaba de la cruz, lo encontramos sediento.

Me intriga que, al final de su ministerio, veamos a Jesús luchando con las necesidades humanas más básicas: el hambre y la sed. ¿Se han preguntado alguna vez por qué se nos dice eso? ¿Por qué aquí en Mateo 4, en el desierto, cuando Jesús va...? *uno a uno* Con Satanás cuando intentan averiguar quién gobernará el mundo. Hablamos de la batalla espiritual de la eternidad. Luego se nos dice: «Y tuvo mucha hambre». ¿Por qué aquí, en el día más negro de la historia, donde Jesús experimentaba la misma oscuridad mientras todos nuestros pecados se acumulaban sobre él? Buscaba al Padre y no lo encontraba, clamando: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». También se nos dice: «Y tuvo sed».

¿Alguna vez te has preguntado por qué nos dicen esas cosas? Es para que las palabras de Hebreos 4:15-16 resuenen en nuestros oídos con toda certeza: «Porque no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia». Fíjate en esto: «para que nos ayude en nuestro momento de necesidad».

La hermosa canción dice: "¿Le importa a Jesús cuando mi corazón está demasiado dolido para la alegría o el canto? ¿Cuando las cargas me aprietan, las preocupaciones me angustian y el camino se hace largo y fatigoso? Sí, a él le importa, sé que le importa". Pero mejor que la canción, Pedro dijo: "Echen toda su ansiedad sobre él, porque él cuida de ustedes" (1 Pedro 5:7).

Jesús no está aquí hoy en carne y hueso para abrazarme, para tomarme de la mano físicamente en las noches oscuras y los momentos de miedo. Me alegra que ya no esté aquí en carne y hueso. Porque ya hizo lo que debía hacer y nuestro pecado fue quitado. Si todavía estuviera aquí, sería para abstenernos y absolver nuestro pecado. También me alegra que ya no esté aquí en carne y hueso, porque está de vuelta en el trono celestial intercediendo por nosotros ante el Padre. Me alegra porque ya no está en carne y hueso, confinado en el tiempo, el lugar y el espacio. Él puede conocer y lidiar con todo nuestro dolor, sufrimiento y necesidades al mismo tiempo. No tenemos que ser como un leproso, como el ciego Bartimeo o el hombre ciego; no tenemos que intentar averiguar: ¿Está Jesús en Nazaret? ¿Está Jesús en Capernaúm? ¿Está Jesús en Jerusalén? Quiero verlo. Está ahí mismo, ahí mismo, donde podemos tocarlo en cualquier momento.

Me alegra que no esté aquí físicamente porque dejó un "Consolador", el Espíritu Santo de Dios, no solo para estar con nosotros, sino para vivir en nosotros cuando seamos resucitados como una nueva creación al ser bautizados en Cristo. El Espíritu Santo que vive en nosotros intercede en nuestras oraciones. Romanos 8:26 dice que ofrece gemidos por nosotros que ni siquiera sabemos cómo ofrecer. Habla con el Padre sobre nuestras necesidades que ni siquiera sabemos cómo pedir. Por lo tanto, cuando cualquiera de nosotros acude a Dios en oración, Jesús en el cielo puede identificarse con nosotros y suplir cualquier necesidad que tengamos. Si esto no tiene sentido para ti es porque nunca has conocido al "hombre" Jesús, o porque nunca has visto la oración como la oportunidad de hablar con él cara a cara. No solo ores, vive en oración. Eso es una afirmación de interés. Un autor dijo que la cuna en Belén demuestra que Dios vino. La cruz en el Calvario demuestra que Dios se preocupa.

Levantaron la caña de hisopo con el vinagre y el vino hasta sus labios y, "Cuando tomó la bebida, Jesús dijo: 'Consumado es'. Dicho esto, se inclinó y entregó el espíritu" (Juan 19:30). Jesús necesitaba satisfacer las necesidades de la humanidad antes de poder afirmar su divinidad. No pudo decir: "Consumado es" hasta que su sed humana fue saciada y apaciguada. ¡Qué gran amigo tenemos en...!

Las palabras de la victoria

William Henry Harrison, el noveno presidente de Estados Unidos, pronunció el discurso inaugural más largo registrado. Excedió las 9.000 palabras. Harrison debió estar sumamente orgulloso de ese discurso, pues era una fría y lluviosa mañana de enero. Se negó a usar abrigo o a abreviar su discurso. Tras permanecer en esas miserables condiciones durante dos horas, contrajo neumonía y falleció menos de un mes después. Alguien bromeó diciendo: «Ningún presidente ha dicho más y hecho menos».

Ahora, comparemos eso con lo que hizo Jesús cuando colgaba de la cruz en el monte Calvario. Sus declaraciones fueron pocas. Solo tenemos siete registradas. Fueron breves. Ninguna tiene más de diez palabras en inglés. Pero a pesar de lo pocas y breves que fueron, toda la eternidad fue alterada por lo que dijo. Supongo que se podría decir: «Nadie ha dicho menos ni ha hecho más».

La mejor de todas sus declaraciones fueron las palabras de victoria: «Consumado es». «Más tarde, sabiendo que todo estaba ya consumado, y para que se cumpliera la Escritura, Jesús dijo: «Tengo sed». Había allí una jarra de vinagre, así que mojaron una esponja en él, la pusieron en una caña de hisopo y se la acercaron a los labios de Jesús. Cuando hubo bebido, Jesús dijo: «Consumado es». Dicho esto, inclinó la cabeza y entregó el espíritu.» (Juan 19:28)

Esa frase nos llega al español con tres palabras diferentes: «Está—está—consumado». Pero en el idioma original, el griego, era solo una palabra: *Tetelestai*. *Tetelestai* era una palabra poderosa. Era una frase contundente que indicaba que algo se había consumado por completo. Está absolutamente terminado. Algunos pensaron que era un grito de desesperación. Jesús gritando: "¡Oh, está terminado!". No lo era. Otros pensaron que podría ser un suspiro de alivio: "¡Oh, está terminado!". Tampoco lo era. Estoy convencido de que era una palabra de triunfo, no de tragedia. Era una palabra de júbilo, no de lamentación. Era un grito de victoria, no de desesperación. De hecho, podría haber gritado: *Tetelestai* !" ¡ESTÁ TERMINADO!

Pero ¿qué fue lo que terminó?

1. La obra terrenal de Jesús había terminado Es mucho más fácil empezar algo que terminarlo, ¿verdad? Ya sea un proyecto, un título universitario, un matrimonio, un compromiso, una vida, lo que sea: es mucho más fácil empezar que terminar. Por eso solo recompensamos a quienes terminan. No ves camisetas que digan "Yo empecé el Maratón de Boston", ¿verdad? Nadie recibe un diploma el primer día de clases. No recibes el reloj de oro al principio del segundo mes en tu nuevo trabajo. Recibes una recompensa al terminar. Francamente, a la mayoría nos cuesta terminar lo que empezamos, pero Jesús no. Él era un finalizador.

Esta palabra, "*Tetelestai*," se usa tres veces más en el evangelio de Juan y las tres veces proviene de labios de Jesús. "Mi comida", dijo Jesús, "es hacer la voluntad del que me envió y terminar su obra." (Juan 4:34) "Yo tengo un testimonio más importante que el de Juan; porque la misma obra que el Padre me dio para terminar, la que yo hago, da testimonio de que el Padre me ha enviado." (Juan 5:36) Este hombre está diciendo desde el principio: "Estoy listo para terminar lo que comencé."

Apenas unas horas antes de ir a la cruz, estaba en oración con su Padre y dijo: "Te he traído gloria en la tierra, completando" (ahí está esa palabra, *Tetelestai*) "para terminar la obra que me encomendaste" (Juan 17:4). Horas después, mientras colgaba de sus manos, exclamó: "¡Consumado es!" (Juan 19:30). Cuando Jesús vino a esta tierra, no lo hizo con una actitud improvisada. Tenía un plan específico. Sabía exactamente lo que debía hacerse. Conocía las profecías que debían cumplirse, los hombres que debían capacitarse, los milagros que debían realizarse y el mensaje que debía comunicar. Dijo: "Mi trabajo es hacer la voluntad de quien me envió y voy a terminar esa obra".

La razón por la que tanta gente se siente tan insatisfecha, frustrada e infeliz es que simplemente no siguen el ejemplo de Jesús. No tienen un plan de vida. Persiguen todo arcoíris, toda fuente de gratificación instantánea y beben de todo placer. Pero tienen una sed perpetua. Jesús, en cambio, dijo: «Quiero saber lo que mi Padre quiere que haga y lo haré hasta terminarlo». Amigos, ese es el mismo secreto para la plenitud en la vida. Estamos en esta tierra con el mismo propósito que Jesús. Estamos aquí para glorificar al Padre. Puede que les sorprenda, pero lo lograremos de la misma manera. Lo lograremos simplemente siendo obedientes, yendo simbólicamente a nuestra cruz y dejándonos crucificar para que Dios viva y reine en nosotros. Nos sentiremos plenos si mantenemos el rumbo y terminamos la carrera.

Eso último es lo más difícil. Algunos se preguntan: "¿Cómo lo logras? ¿Cómo te mantienes motivado? ¿Cómo tienes el valor de correr toda la carrera de la vida hasta la meta y hacerlo bien?". Examinemos lo que la Biblia nos comparte sobre el secreto de Jesús.

"Fijemos nuestra mirada en Jesús, el 'autor y' (mira la palabra) 'consumador de nuestra fe, quien por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando la vergüenza y se sentó a la diestra del trono de Dios' (Hebreos 12:2). ¡Nos dice cómo terminar! Así es como terminamos, miramos a Jesús. ¿Adónde miraba Jesús? "Por el gozo puesto delante de él soportó la cruz", odió la vergüenza, pero la superó. ¿Por qué? Porque sabía que justo al otro lado, se sentaría a la diestra del trono de Dios, habiendo provisto el camino para que el hombre se reconciliara con ellos. Mantenemos nuestro enfoque en hacia dónde vamos. En una era de gratificación inmediata donde queremos satisfacción instantánea, debemos recordar que nuestra recompensa está en la eternidad.

No me malinterpreten. No cambiaría la vida cristiana por nada, porque al buscar cumplir nuestro propósito y terminar la carrera, Dios da fruto en nuestra vida. Hemos estudiado estos: amor, gozo, paz, paciencia, los nueve frutos del Espíritu de Gálatas 5. Nadie puede experimentarlos en la misma medida que un cristiano.

Pero hay otra cara de la moneda. Ser seguidores de Cristo exigirá mucho de nuestra vida. Requerirá sacrificios si nuestro caminar con Dios es genuino y nos dice cómo lidiamos con ese sacrificio, con la exigencia y con las molestias de la vida. «Por el gozo puesto delante de él, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza, y ahora está sentado a la diestra del trono de Dios» (Hebreos 12:2).

Algunos de ustedes están a punto de rendirse. Algunos de ustedes que estudian esta lección podrían estar a punto de abandonar un ministerio; empiezan a sentirse frustrados y tal vez les parezca infructuoso. ¿Eres un maestro de escuela bíblica que se pregunta si debería renunciar porque piensa: "No estoy conectando con ningún estudiante"? ¿Eres un trabajador personal que se siente igual? ¿Algunos están pensando en dejar su matrimonio? ¿Algunos están pensando: "No sé si voy a seguir con esto de la iglesia"?

¿Puedo darte un pequeño consejo? Mira a Jesús. Reenfócate en la eternidad. «Este mundo no es mi hogar; solo estoy de paso. Mi tesoro está guardado en algún lugar más allá del cielo». Si no lo crees, te será difícil terminar la vida. Pablo dijo: «...a su debido tiempo cosecharemos, si no nos damos por vencidos» (Gálatas 6:9). No te rindas. Tetelestai. Jesús terminó su obra.

El plan de redención se completó Sabía que el plan de redención estaba consumado. Esa palabra, "*Tetelestai*" es una palabra interesante. Se usaba a menudo en el primer siglo en un sentido comercial. Por ejemplo, si alguien tenía un préstamo que requería pago a plazos, ese hombre podía entrar

El último día, desembolsa ese pequeño dinero y di: "*Tetelesta*"Está terminado, está pagado, está hecho". Y el prestamista lo miraba y decía: "¡Felicidades!". Cuando Jesús exclamó: "*Tetelesta*"Todos los que rodeaban la cruz habrían hecho esa asociación. Está pagado, está terminado. ¿Qué está pagado, qué está pagado en su totalidad? La respuesta es el pago por el pecado, la compra de la redención.

¿Cómo compró Jesús nuestra redención? ¿Cómo funciona?

El requisito de la ley era que todo aquel que pecara moriría. Esa era la maldición de la ley. Ahora bien, recuerda que la palabra "morir" significa separación. Si pecas, estarías separado de Dios eternamente. Así funcionaría. Alguien tendría que venir y cancelar esa deuda, exonerarla, pagarla. Desde el principio de los tiempos, Dios decretó que debía haber un sacrificio de sangre. No sé por qué, le preguntaremos a Dios cuando lleguemos al cielo. Tenemos algunas pistas. Se nos dice que la vida está en la sangre. El pecado es muerte; la vida anula la muerte, que iba a ser el pago. Tenía que ser un pago de sangre para quitar nuestros pecados.

Durante siglos, Dios había permitido la sangre de animales —carneros, toros, machos cabríos y novillas— como pago simbólico por ese pecado. Pero «es imposible que la sangre de toros y machos cabríos realmente quite los pecados» (Hebreos 10:4). No, para que nuestro pecado fuera quitado, el sacrificio que lo pagara adecuadamente y cancelara la deuda debía cumplir tres criterios: 1) debía ser humano; 2) debía ser sin pecado; y 3) debía vivir bajo la ley, la antigua Ley de Moisés, que cumplía a la perfección cada jota y tilde. «Pero cuando llegó el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiéramos la plenitud de los derechos de hijos» (Gálatas 4:4). Por lo tanto, el sacrificio debía ser humano y nacido bajo la ley. Jesús cumplía estos tres criterios. En consecuencia, podía y debía hacer el pago por nosotros.

Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús, porque por medio de él la ley del Espíritu de vida me liberó de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que la ley no pudo hacer, al estar debilitada por la naturaleza pecaminosa —mira esto—, Dios lo hizo enviando a su propio Hijo en semejanza de hombre pecador para ser ofrenda por el pecado. De esta manera, condenó al pecado en el hombre pecador, para que las justas exigencias de la ley se cumplieran plenamente en nosotros. (Romanos 8:1-4)

Hemos sido liberados del pecado y de la muerte porque Dios envió a su propio hijo en semejanza de hombre pecador para ser nuestra ofrenda por el pecado, para que los justos requisitos de la ley se cumplieran en nosotros.

Fíjese que dice "se cumplió en nosotros", no "se cumplió por nosotros". No podemos cumplir los requisitos de la ley. Nadie podría, excepto Jesús.

Para mí, lo más importante de todo esto está en el versículo tres, esa última línea: «Condenó el pecado en el hombre pecador». ¿Saben lo que dice? Que cuando Dios me mira a mí, un pecador, pero un pecador en Cristo, un cristiano, no me mira y me dice: «Te condeno, pecador». En cambio, «Él condena el pecado en el hombre pecador». Dice: «Condeno tu pecado, pongo tu pecado en la cruz y te doy la justicia de Jesús». *Tete/esta* Como dice la canción: «Jesús lo pagó todo, todo le debo. El pecado había dejado una mancha carmesí; él la lavó hasta dejarla blanca como la nieve».

El poder de la mortalidad había terminado. El enemigo natural de la humanidad es la muerte, ¿no? Alguien dijo: «El hombre quiere ser feliz, pero no puede serlo porque hace precisamente lo que no quiere: muere». Eso describe a la mayor parte de la humanidad.

¿Cuántas veces intentamos posponer la muerte? ¿Cuántas veces intentamos evitar a ese monstruo? ¿Cuántas veces lo rodeamos y fingimos que no está? Intentamos eludirlo, pero al final todos terminamos en sus garras. ¡Tengo buenas noticias! Jesús rompió esa atadura. Jesús nunca predicó un funeral. De hecho, arruinó todos los funerales a los que asistió. Estaban de luto por la hija de Jairo, y él acababa de sacarla de la tumba. Estaban sacando al hijo de la viuda de Naín. Simplemente lo hizo levantarse. Llevaban cuatro días llorando a Lázaro. Jesús dijo: «Remuevan la piedra. Lázaro, sal». Jesús destruyó todos los funerales a los que asistió.

En los tres días que abarcaron su muerte y resurrección, despojó a la muerte de todo su poder. «Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicias de los que durmieron. Porque, puesto que la muerte vino por un hombre, también por un hombre viene la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego, cuando él venga, los que le pertenecen.» (1 Corintios 15:20)

Cuando bajaron el cuerpo sin vida de Jesús de la cruz ese viernes por la tarde, lo colocaron en una tumba prestada. Conociendo sus afirmaciones sobre volver a la vida y temiendo a sus seguidores, los soldados rodaron una piedra sobre la tumba, la sellaron y la rodearon con una guardia. Pero no pudieron contener la semilla de la vida. Ese domingo por la mañana, María y las otras mujeres estaban allí cuando Él, la vida, brotó. Él fue la primicia. El primero en resucitar de entre los muertos, para nunca más morir. Cuando él regrese, todos los que murieron en él, saldrán de la tumba con un cuerpo nuevo, imperecedero e incorruptible. "Cuando lo corruptible se haya revestido de lo incorruptible, y lo mortal de la inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita:

"La muerte ha sido devorada por la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" (1 Corintios 15:54-55)

Amigos, cuando Jesús dijo: "*Tete/estai* Consumado es! Él convirtió la muerte de un pozo sin fondo en una rampa de salida, sacándonos de un camino y poniéndonos en uno mejor. La forma en que enfrentamos la muerte es la prueba de fuego, la medida definitiva de nuestra fe. ¿Tienes esa clase de fe, esa clase de confianza, de que Dios te levantará de este polvo? Él puede; puedes contar con ello porque rompió el yugo de la muerte y regresó para no morir jamás. Consumado es. ¡Ahora depende de ti! Lección n.º 1257 Steve Flatt, 7 de abril de 1996

Las palabras de rendición

Había habido cientos, quizás miles, de crucifixiones en Jerusalén antes del día de la crucifixión de Jesús, y probablemente miles después. Así que no se trataba solo del hecho de que crucificaran a un hombre. Lo que hizo esta tan inusual fue el hombre que estaba en la cruz ese día.

Había tensión en el aire. Grandes multitudes habían inundado la ciudad de Jerusalén porque era la Pascua. Francamente, la situación podía fácilmente descontrolarse en Jerusalén en esa época del año. Ese día en particular, se respiraba una especie de mentalidad de masas explosiva. Durante toda la mañana, los líderes habían hecho de animadores. Estaban entre la gente gritando: "¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!". Toda la multitud se unía a ellos. Los soldados romanos estaban muy alerta ese día. Ya habían visto a multitudes de judíos como esta volverse violentas, así que vigilaban con mucha atención.

Pero ahora, finalmente, Jesús fue clavado en la cruz. El alboroto parecía haberse calmado un poco, pero ahora comenzaban a suceder cosas realmente extrañas. Nadie podía identificarlo con exactitud, pero había algo extraño en lo que estaba sucediendo, casi como si algo te estuviera tomando por sorpresa, sin saber qué era. No podías saberlo con certeza. Aunque era pleno mediodía, las 12:00 del mediodía, oscureció; no solo la oscuridad que solemos ver cuando llega una fuerte tormenta durante el día, porque todavía hay algo de luz, sino una oscuridad total. Era la oscuridad que se siente. Es como la medianoche, cuando está nublado y no hay luna, no se ven las estrellas y estás lejos de las luces de la ciudad. Literalmente, te cuesta incluso ver la mano frente a la cara. Era esa oscuridad en pleno día.

Era una oscuridad tan densa que casi se podía sentir, tan densa que casi se podía cortar con un cuchillo. Era la oscuridad que hace que los pájaros aniden. Era la oscuridad que hace que los soldados enciendan antorchas para poder ver. Era la oscuridad que no se desvanecía tan rápido como un eclipse. Pero parecía eterna, tres horas de oscuridad total. La situación era más que inusual: una sensación extraña, inquietante e incluso aterradora.

Sin embargo, lo sorprendente de estas tres horas es la brevedad con la que cada uno de los escritores del evangelio cuenta la historia de lo que estaba sucediendo durante las últimas horas de la vida de Jesús. *Biblia narrada* El libro, editado por F. LaGard Smith hace varios años, presenta una forma maravillosa de integrar los diversos relatos del evangelio para que se lean como una sola narración. "Desde la hora sexta hasta la hora novena, hubo oscuridad sobre la tierra. Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz: 'Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?', que significa: 'Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?'. Al oír esto, algunos de los que estaban allí dijeron: «Está llamando a Elías». Más tarde, sabiendo que todo estaba consumado y para que se cumplieran las Escrituras, Jesús dijo: 'Tengo sed. Enseguida, uno de ellos corrió a buscar una esponja, la empapó en vinagre, la puso en una caña y se la ofreció a Jesús para que bebiera. Los demás dijeron: «Ahora déjenlo, a ver si Elías viene a salvarlo». Cuando hubo bebido, Jesús dijo: «Consumado es». Jesús exclamó a gran voz: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Dicho esto, inclinó la cabeza y exhaló el espíritu.

En ese momento, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. La tierra tembló y las rocas se partieron. Los sepulcros se abrieron y los cuerpos de muchos santos que habían muerto resucitaron. Salieron de los sepulcros. Y después de la resurrección de Jesús, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a mucha gente. Cuando el centurión y los que lo custodiaban vieron el terremoto y todo lo que había sucedido, se aterrorizaron y dijeron: «Sin duda, este era el Hijo de Dios».

Algunas mujeres observaban desde lejos, entre ellas María Magdalena, María, la madre de Santiago y José, y Salomé. En Galilea, estas mujeres lo habían seguido y lo habían atendido. Muchas otras mujeres que lo habían acompañado a Jerusalén también estaban allí. Cuando todos los que se habían reunido para presenciar el espectáculo vieron lo que sucedía, se golpearon el pecho y se marcharon. Pero todos los que lo conocían, incluidas las mujeres que lo habían seguido desde Galilea, se quedaron a distancia observando todo esto.

Durante las últimas tres horas de la vida de Jesús, desde el mediodía hasta las tres de la tarde, Jesús dijo muy poco, pero lo que dijo es sumamente importante. Lo último que dijo fue: «Padre, en tus manos encomiendo mi... **espíritu**." La primera palabra que dijo allí fue la palabra "Padre".

Una palabra hermosa. A lo largo de esta larga prueba, e incluso justo antes, vemos a Jesús en comunicación muy frecuente con su Padre. En algún punto entre el Cenáculo y el Huerto de Getsemaní, Jesús dice: «Padre, ha llegado la hora». Pero observen cómo se dirigió a Dios: «Padre, ha llegado la hora».

En su soledad, oró: «Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya». Tras ser clavado en la cruz, dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Cargando con nuestros pecados, dijo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Finalmente, justo antes de morir, dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

A lo largo de todas estas circunstancias, sin importar cuáles fueran, Jesús nunca perdió la comunicación con su Padre. Oraba a su Padre, hablaba con su Padre, en unión con él y en comunión con él. Excepto por ese breve momento en que Dios le dio la espalda, y Jesús exclamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Jesús nunca rompió esa comunión con su Padre.

A diferencia de Jesús, no se necesita mucha distracción para desviarnos por un día, una semana o más, para distraernos y alejar nuestra atención del Padre, de cómo Dios nos bendice. Solemos olvidar orar: «Dios, gracias por cuidarme» o «Dios, gracias por hacer esto en mi vida». Nos distraemos con mucha facilidad, pero Jesús no. Sin importar las circunstancias, Jesús siempre estuvo en comunión y comunicación con su Padre.

Entonces Jesús dijo: «Padre, en tus manos...». Durante las últimas doce horas, Jesús había estado en manos de otros que lo habían maltratado. Le habían arrancado la barba, lo habían golpeado en la cara, lo habían golpeado brutalmente en el cuello y el cuerpo, y le habían puesto una corona de espinas largas sobre el cuero cabelludo y la frente. Lo habían maltratado terriblemente. Pero ahora finalmente está en manos de su Padre. Ya no está en manos de quienes lo maltrataron, sino en tus manos, Padre, que encomiendo mi espíritu. Ahora estaba abrazado por los brazos amorosos de Dios, donde habría seguridad, consuelo y aceptación. No puedo evitar pensar que hay momentos en que quizás nos sentimos perseguidos, maltratados, solos o cualquiera que sea nuestra situación. Pero el solo hecho de saber que podemos estar en manos de Dios, no en manos de quienes nos maltratarían, ni siquiera en nuestras propias manos, es un pensamiento reconfortante.

Jesús también dijo: "Encomiendo". "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". En el idioma original, "encomiendo" significaba depositar o dejar a un lado. En otras palabras, nadie le quitó la vida a Jesús. Él lo había dicho incluso antes de su crucifixión. Dijo: "Entrego mi vida. Nadie la quita".

Mi vida de mí." Voluntariamente, Jesús entregó su vida por ti y por mí. Jesús había hecho todo lo que el Padre le había pedido. "Consumado es." Jesús se había convertido en la propiciación por nuestros pecados, el sacrificio expiatorio. Jesús se había convertido en la satisfacción que Dios exigía por los pecados del mundo, desviando su ira de nosotros. Consumado es. Jesús se ofreció como sustituto por nosotros. (1 Juan 2:1-2)

Realmente se podría resumir de esta manera:

1. Tenemos un problema: somos pecadores condenados a muerte.
2. Hay una solución: se requería un sacrificio sin mancha, sin pecado.
3. Hay un resultado: Jesús ofreció su propia vida sin pecado, derramó su propia sangre y satisfizo las demandas de Dios de reconciliación.

Jesús dijo: «En tus manos, Padre, encomiendo mi espíritu». Casi diez siglos antes, David había dicho lo mismo, pero añadió una petición: «En tus manos encomiendo mi espíritu; redímeme, oh Señor, Dios de verdad» (Salmos 31:5). Es una declaración de entrega. Eso fue lo que Jesús hizo durante toda su vida terrenal. Confió en Dios y entregó su vida en total sumisión a Dios Todopoderoso. Jesús sabía con gran confianza que le aguardaban la resurrección y la gloria.

Todo había terminado. Había cumplido todo lo que Dios le había pedido. El pago completo de nuestra deuda de pecado había sido pagado. Jesús, nuestro sacrificio expiatorio, hizo posible nuestra reconciliación con Dios. Quizás ahora podamos entender mejor lo que Juan quiso decir cuando dijo: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna».

Debemos comprometernos. Debemos perseverar. Debemos entregarle nuestras vidas. "¿O no saben que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Por lo tanto, fuimos sepultados con él por el bautismo para muerte, a fin de que, así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros vivamos una vida nueva. Si hemos sido unidos a él en esta forma en su muerte, ciertamente también lo seremos en su resurrección. Porque sabemos que nuestro viejo hombre fue crucificado con él para que el cuerpo del pecado fuera destruido, a fin de que ya no sirviéramos al pecado, porque todo el que ha muerto ha sido liberado del pecado. Ahora bien, si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él." (Romanos 6:3-8) También debemos mantenernos enfocados y fieles. Por tanto, estando rodeados de tan gran nube de testigos, despojémonos de todo lo que nos estorba y del pecado que nos asedia, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante. Fijemos la mirada en Jesús, el autor y consumidor de la fe, quien por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando la vergüenza, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Consideren a aquel que soportó tal oposición de parte de los pecadores.

hombres, para que no os canséis ni desmayéis." (Hebreos 12:1-3) Amazing Grace #1256 Steve Flatt,
31 de marzo de 1996